

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 18 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el extranjero: 20 rs. trimestre.—En Ultramar: 20 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificado.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Baylli-Bailiere, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

## ADVERTENCIA.

Conteniendo el discurso del señor Nocedal en el DIARIO DE LAS SESIONES, de donde le tomamos íntegro, varias equivocaciones y erratas, ya de los taquígrafos, ya de los cajistas, estamos preparando una nueva edición, corregida por el autor, que repartiremos gratis en forma de cuaderno ó folleto aparte á todos nuestros suscritores. Contendrá además el cuaderno el discurso que pronunció el mismo Sr. Nocedal en las Cortes anteriores sobre el entonces anunciado reconocimiento del llamado reino de Italia.

## PARTE EXTRANJERA.

### IMPORTANTISIMO.

DESPACHO DEL CARDENAL ANTONELLI SOBRE EL TRATADO DE 15 DE SEPTIEMBRE.

Nos apresuramos á traducir la siguiente interesantísima circular del Emmo. Cardenal Antonelli á los Nuncios pontificios, reservándonos para otro día las reflexiones que sugiere este nobilísimo documento (que somos los primeros en publicar en España), de la dignidad, prudencia y sabiduría de la Santa Sede:

Ilmo. y Reverendísimo Señor:

«No ignora ciertamente V. S. Ilmo. y Reverendísimo que la convención celebrada el 15 de Septiembre del año próximo pasado entre el Gobierno francés y el del Piemonte, de la cual no se dió conocimiento á la Santa Sede hasta las doce del día 28 del mismo mes, ha comenzado á tener cumplimiento con la retirada gradual de las tropas francesas, para completarse en el curso del año venidero. El Gobierno de la Santa Sede, así como fué extraño á la estipulación de aquel tratado, así también es igualmente extraño al cumplimiento del mismo. Las consecuencias, sin embargo, que de él se derivan, le interesan en gran manera, siendo por esto necesario ponerlo en claro, tanto para rectificar la opinión pública que una prensa mentirosa se afana en extraviar sobre este punto, cuanto para apartar de la Santa Sede toda responsabilidad á la faz del mundo.

Después que en el Congreso de París de 1856 se manifestó el deseo de ver evacuados los Estados pontificios por las armas extranjeras, tan luego como esto pudiese tener lugar sin inconvenientes para la tranquilidad del país y la consolidación de la autoridad de la Santa Sede, el Sr. Drouyn de Lhuys, en su despacho dirigido el 12 de Septiembre del pasado año al señor embajador de Francia en esta corte, se expresó sobre el mismo punto en los siguientes términos: «Nosotros estábamos resueltos á no abandonar este punto de honor hasta tanto que se hubiese alcanzado el objeto de la ocupación. Ahora bien, aun cuando haya entrado entre los motivos del presente llamamiento del ejército francés de los Estados de la Iglesia, el pensamiento de guardar tal condición, el Gobierno pontificio, por más que no se le pregunte sobre ello, tiene el deber de declarar que aquel pensamiento es una vana ilusión y una falaz esperanza.

En efecto, quién al considerar este llamamiento en las actuales circunstancias, puede dejar de hacer esta pregunta que ocurre al punto á la mente? ¿La situación en que se deja al Sumo Pontífice, es conforme al fin para que fueron ocupados los dominios de la Santa Sede por las tropas extranjeras? ¿Fue este el designio de la invitación hecha por el Pontífice mismo á las potencias católicas? ¿Fueron estas las razones en virtud de las cuales la misma Francia, con aplauso de todo el mundo católico, que le guardará por ello imperecedero reconocimiento, determinó responder á la invitación mencionada? ¿Quién osaría poner en boca de los valientes soldados llamados á su patria estas absurdas palabras? «Fuimos á Roma en nombre de la cristiandad, invitados por el Papa, que pedía ser ayudado para recobrar la posesión de sus Estados; ahora se ve despojado de la mayor y mejor parte de sus provincias, y en cuanto á lo muy poco que le queda, está amenazado de un despojo semejante por un enemigo poderoso que lo rodea por todas partes: no obstante, el objeto de nuestra ocupación está cumplido.

A la reconocida penetración del señor ministro no pudo ocultarse la monstruosidad de tal conclusión, y este fué ciertamente el motivo por qué en el mencionado despacho se esforzó en legitimar las premisas con varias reflexiones, y en templar la violencia de la deducción, poniendo á la vista los compromisos contraídos para garantizar, con relación al Piemonte, al Padre Santo. Fuerza es, pues, que sobre las unas y sobre los otros no deja yo de hacer alguna que otra consideración. Las reflexiones comienzan por recordar cómo hacia los principios de 1859, el Padre Santo hizo él mismo la propuesta de la retirada de las tropas extranjeras de sus Estados, quedando acordado en 1860 este mismo abandono para el mes de Agosto, aunque después, no por impedimento alguno puesto por Su Santidad, sino por las agitaciones que sobrevinieron no pudo efectuarse.

No ha menester detenerme mucho en estos recuerdos, por cuanto es clara de suyo la inmensa disparidad que media entre las circunstancias actuales y las de entonces. En 1859 no sólo estaba el Padre Santo en la plena y segura posesión de sus Estados, y rodeado por todos lados de fronteras propias de Potencias amigas, sino que no tenía ni aun la sospecha de los siniestros atentos de que á seguida fué víctima inocente. Podía juzgarse entonces con razón alcanzan-

do el objeto de la ocupación de los Estados Pontificios por las armas extranjeras.

El Padre Santo fué movido á hacer la propuesta susodicha, no porque estimase en poco la presencia de las mencionadas tropas en sus Estados, ó no apreciase los importantes servicios que de ellas había recibido y por los cuales ha sentido y sentirá siempre plena gratitud, sino llevado solamente del deseo de impedir aquellos males que se temían por haberse dicho desde un alto lugar que la permanencia ulterior de esas tropas en sus Estados podría dar motivo á una guerra europea. Después, en 1860, aunque ya le habían sido arrancadas las Romanas, conservaba todavía en pacífica posesión la mayor parte de sus Estados, con un ejército suficiente para mantener el orden y defender sus límites de las partidas irregulares, tenía la frontera oriental y occidental no sólo segura de enemigos, sino rodeada de vecinos amigos, juntándose á esto que el Parlamento revolucionario no había pronunciado todavía el sacrilego voto de perseguir de un modo ó de otro la ciudad de Roma para capital del nuevo reino y de anexionarse, por consiguiente, todos los Estados Pontificios. ¿Puede decirse lo mismo de las condiciones presentes? La evidencia de los hechos me excusa la respuesta.

La otra reflexión aducida por el referido señor ministro, es que la ocupación de Roma produce dos inconvenientes, el uno de los cuales es que constituye una intervención extranjera, y el otro que establece en un mismo territorio dos soberanías distintas. Cuanto al primero, yo omito decir que el famoso principio de no intervención no es reconocido ni por el derecho natural, que antes bien exige en muchos casos lo contrario, ni por el derecho positivo de Europa; entretanto Francia demuestra á lo menos con los hechos que se pueda intervenir cuando una razón cualquiera lo requiera, ó á lo menos se juzga que lo requiere. Omito decir que aquel principio ha sido solemnemente reprobado por el Sumo Pontífice, Maestro Supremo de los principios de honestidad y de justicia entre los católicos, el cual, en la Allocución pronunciada en el Consistorio del 28 de Septiembre de 1860, profirió estas terminantes palabras:

«No podemos abstenernos de deplorar, además de los otros, aquel finísimo y pernicioso principio que llamamos de no intervención, y que algunos Gobiernos, tolerándolo los demás, hace poco han proclamado y puesto en práctica también, tratándose de la agresión injusta de un Gobierno contra otro, que parece como que se quiere colonizar, contra toda ley divina y humana, una cierta casi impunidad y licencia para atentar y conculcar los derechos ajenos, la propiedad y los dominios, según vemos que acontece en estos luctuosos tiempos. Y es cosa en verdad para llenarse de estupor el que sólo al Gobierno piemontés le sea lícito violar impunemente y despreciar un tal principio, pues vemos que él invade con sus hostiles legiones los dominios ajenos y arroja de ellos á los Principes legítimos; de donde se sigue el pernicioso absurdo de que la intervención extranjera se admite solamente cuando tiene por objeto el excitar y favorecer la rebelión.» Omito ocuparme, repito, en estas y otras semejantes consideraciones, y únicamente afirmo que cualquiera cosa que sea lo que se quiera pensar de aquel principio en el mero sentido político, no puede ciertamente aplicarse al caso presente respecto de los Estados de la Santa Sede.

La razón evidentiísima de esta diferencia se deriva de los intereses de que se trata y de las personas que deben intervenir. La independencia política de la Cabeza de la Iglesia, necesaria para la libertad de su apostólico ministerio, es asunto que no concierne sólo á Roma ó á su Soberano, sino que interesa asimismo enteramente á todos los Estados católicos y hasta á los que no lo sean, con tal que tengan súbditos católicos. El negocio además es igualmente en grandísima parte negocio interno para todas las Potencias antes citadas, tanto más interno, cuanto que toca á la parte más delicada del hombre, que es la conciencia y sus relaciones religiosas. Ahora bien; ¿quién podrá llamar intervención extranjera á la intervención en negocio propio y que tan exactamente se adapta á las mismas leyes civiles de cada uno de los Estados? Y respecto á las personas, no admite duda de que todos los católicos son hijos del Padre común de los fieles y súbditos suyos en el orden espiritual. ¿Cómo, pues, podrá decirse que estos son extranjeros respecto de aquel, y que les está prohibido acudir á sostenerle cuando se encuentra amenazado por todos lados y expuesto al peligro de perder su independencia? Con razón sobrada, de consiguiente, escribía el mismo señor Drouyn de Lhuys el 25 de Noviembre de 1862 al señor marqués de Cadore, encargado de Negocios del Gobierno imperial en Londres, que así Francia se inclinaba por un lado al principio de no intervención, reconocía por otro que la cuestión del poder temporal es de tal naturaleza, que no puede asemejarse á ninguna otra, y que tampoco pueden ser á ella aplicables las reglas de tal derecho. Y las mismas palabras del primer plenipotenciario en el Congreso de París, dirigidas á otro fin por el mismo señor ministro, no dejan de recordar que uno de los títulos con que se gloria el Soberano de Francia es el de hijo primogénito de la Iglesia católica, y que este título, lejos de declararlo impedido por el principio de no intervención, de acudir al llamamiento de la Santa Sede, lleva consigo el deber de prestar ayuda y sosten al Sumo Pontífice. De aquí es facilísimo deducir también el origen de la intervención de que se habla. Y ciertamente interesa tener en cuenta que á causa de las razones expuestas, el Pontífice romano, respecto á cada uno de los Estados, no puede considerarse en la misma relación que cualquiera otro Príncipe meramente político, ni sus posesiones pueden considerarse de la misma manera que los dominios

de cualquiera otra Potencia. Por esta razón no es posible sin un completo trastorno de las ideas y un gravísimo desorden en la esfera de las acciones, aplicar al Pontífice y á su soberanía temporal los principios verdaderos ó falsos que se quieren establecer por regla de conducta internacional entre los Estados seculares. El vínculo religioso que une al Sumo Pontífice con todos los lugares donde viven católicos, y liga por otra parte su soberanía temporal con la independencia necesaria para llenar cumplidamente su altísimo ministerio, cambian profundamente las relaciones y torna en intereses comunes é íntimos de cada Potencia todo aquello que hace relación á las condiciones de su existencia política.

El segundo inconveniente que se alega de las dos soberanías puestas en un mismo territorio, es aun más difícil de concebirse. Si las tropas francesas están en Roma con el único objeto de defender y amparar la soberanía temporal del Sumo Pontífice, en tanto que se mantengan en los límites de tal objeto, parece más bien que importa la remoción del concepto de dos soberanías coexistentes. Amparar, en efecto, la soberanía de un Príncipe vale tanto como amparar el ejercicio independiente de su supremo poder, y amparar el ejercicio de un poder supremo excluye el consorcio de toda otra soberanía distinta. Léjos, pues, de advertirse antagonismo entre la naturaleza de las cosas y la buena voluntad de las personas, parece más bien que la buena voluntad de estas encuentra en la naturaleza de aquellas la norma moderadora de la propia conducta. Siguiéndose esta norma tan natural y tan clara, se hacen imposibles los conflictos de jurisdicción de que habla el despacho; á menos que se quiera entender por conflictos de jurisdicción ciertas leves dificultades de aplicación práctica, desagradables ciertamente, pero que son casi inevitables, especialmente donde existen guarniciones extranjeras ó mixtas, y que todo sábio gobernante sabe apreciar en su justo valor y arreglar con prudencia. Desaparece de aquí toda intrínseca razón de antagonismo entre el deber que justamente atribuye el señor ministro á los generales en jefe de velar con sumo cuidado por la seguridad de su ejército, y el deber de los representantes de la autoridad pontificia de conservar celosamente en los actos de administración interna la independencia y la dignidad del Gobierno del territorio. No se comprende cómo en virtud de su intrínseca índole pueda encontrarse oposición entre fines tan diversos; además de que tales fines no son solamente diversos, sino que se armonizan muy bien entre sí, pues ninguna cosa puede ser más cara á los representantes de la autoridad pontificia que la seguridad de aquel ejército que tiene cabalmente el cargo de amparar esa misma autoridad; y ninguna cosa puede ser más grata á los generales en jefe, que el ver mantenido celosamente en la administración interna del país la independencia del Gobierno territorial que ellos con su ejército tienen el cuidado de proteger. La naturaleza, pues, de las cosas no puede ser acusada de ningún serio conflicto de jurisdicción, y aquí podría hacerse laudable mención de tiempos y personas que estuvieron inmutables en tales colisiones. Y si en alguna, por el motivo supramencionado, han tenido lugar advertencias ó reclamaciones, es bien cierto que el Gobierno imperial no podrá reprobar á los representantes pontificios el haber sido celosos en el cumplimiento de su deber, cual es el de mantener inólumbe la independencia del propio Príncipe en los actos relativos á su soberanía política.

Finalmente, el señor ministro enumera entre las causas de los inconvenientes que se derivan de la ocupación de Roma la diferencia de política de los dos Gobiernos, en virtud de que estos no siguen las mismas inspiraciones ni se conforman con unos mismos principios. No destiende el señor ministro á particular alguno, y yo no veo por tanto en esta vaga generalidad á qué inspiraciones y á qué principios se intenta aludir.

Para descartar todo equívoco sobre este punto, diré que si se intenta aquí hablar de reglas meramente gubernativas y de oportunidad en su aplicación, cada país y cada Estado tienen sus particulares exigencias relativas á las costumbres, á los hábitos, á las circunstancias; y de todas estas cosas los jueces más competentes son cabalmente los gobiernos locales. Ni la diversidad de esas reglas de gobierno entre naciones diferentes puede ser causa razonable de crítica, pues siendo diverso el sujeto, la prudencia exige que la acción del gobernante varíe en conformidad á la existencia concreta del sujeto mismo. Por lo demás, cuando se respondió generosamente á la invitación del Sumo Pontífice, no se ignoraba cuál fuese la índole de la Santa Sede, y el mismo Sr. Drouyn de Lhuys ha reconocido también que si ella tiene sus códigos y su derecho particular, los tiene en razón de su propia naturaleza. Y que esta no se opone, ántes bien ha protegido y propagado siempre la verdadera civilización y el verdadero progreso, lo prueba hasta la evidencia la historia; y sus reglas por otra parte pueden asegurarse que son no sólo de los tiempos presentes, sino de todos, y no repugnan ciertamente á las conciencias verdaderamente católicas. Y si después se alude á los principios fundamentales del orden social, cuáles serían la libertad de conciencia, la libertad de cultos y otros semejantes que suelen llamarse el derecho nuevo, la Santa Sede ha manifestado muchas veces la reprobación de los principios antedichos, admitidos en sentido absoluto y como norma de la justicia natural. Si entre ellos, en efecto, hay alguno que pueda tolerarse, no puede tener este lugar más que como un temperamento dictado por las necesidades locales y personales de los gobiernos; que, por evitar mayores males, se ven obligados á constituir el organismo civil y la legislación con arreglo á un sistema de ideas que, si bien no corresponden al orden de per-

fecta armonía querido por Dios, es, sin embargo, más conforme á las peculiares circunstancias en que se halla una nación ó un pueblo dado. Yo no puedo creer que el señor ministro haya querido hablar de tales principios al apuntar la divergencia de miras entre dos Gobiernos, siendo un deber de todo buen católico el sujetar el propio entendimiento en estas cosas á las decisiones de Aquel que ha sido dado por el mismo Dios á las gentes para guía y maestro, no sólo de lo que pertenece á la fe, sino aun de todo aquello que concierne á la moral y á la justicia. No me detengo más en un punto de esta naturaleza, puesto que debe estar enteramente fuera de toda controversia. Y basta esto por lo que se refiere á las reflexiones contenidas en el mencionado despacho. Paso ahora á hablar de los compromisos que se dicen contraídos para asegurar la soberanía de la Santa Sede en el caso de la prevista retirada de las tropas francesas.

Y aquí me veo obligado á omitir algunas cosas para no apartarme demasiado del asunto principal. Omito en general todo lo que en el citado despacho se dice acerca de los felices cambios del Gobierno piemontés respecto de Roma, y la dirección que ha tomado su política con relación á la Santa Sede, en mayor armonía con los deberes internacionales. Los hechos pasados como los presentes suministran un criterio seguro para formar juicio sobre este punto. Pero sea lo que quiera de esto, es lo cierto que la Santa Sede se encontrará abandonada á sí misma, después de haber sido reducida á una casi entera escasez de medios interiores, y expuesta á una continua amenaza de peligros exteriores, que la dejan en un estado difícil, y muy incierta la defensa del territorio que aún posee. Y en cuanto al interior, cualquiera puede ver que las actuales posesiones de la Santa Sede no presentan otro aspecto que el de un todo desproporcionado, sin correspondencia de partes. Una gran capital, esto es, Roma, privada de sus mayores y más ricas provincias, representa la idea de una cabeza sin cuerpo, ó de un cuerpo pígmico, cuyos órganos de vida no pueden servir sino para una nutrición imperfectísima ó una afanosa respiración. Este fatal desmembramiento no puede menos de traer graves embarazos á la acción regular del Gobierno, pues que, prescindiendo de otros muchos inconvenientes, se derivan de él dos gravísimos, acerca de los cuales es preciso hacer aquí especial mención.

De él se deriva primeramente el mayor desorden en el Erario público, toda vez que además de las estrecheces que necesariamente se originan de la disminución de las rentas, y de los enormes gastos que el Gobierno pontificio está obligado á hacer para el sostenimiento de los empleados públicos, los cuales gravitan ántes sobre todo el Estado, todo el mundo sabe que no obstante haber cesado las rentas que provienen de las provincias ocupadas, han quedado á cargo de la Santa Sede no sólo los sueldos de los que desempeñan el servicio público, sino los de aquellos que se han conservado fieles de todas las dichas provincias. Ciertamente es que el Dinero de San Pedro y el préstamo católico han sido hasta aquí el medio prodigioso con que la Santa Sede se ha encontrado providencialmente en estado de satisfacer sus propias obligaciones, pero también es cierto que el indicado medio además de no corresponder siempre á las necesidades de suyo precario, incierto, hasta el punto de no poderse reputar como normal; no siempre se consigue obtener empréstitos, y estos en último caso, no hacen más que agravar la situación financiera á causa de los intereses que inevitablemente devorarán.

Otro gravísimo daño que de la falta de las provincias invadidas se ha ocasionado, es la suma dificultad que tiene el Gobierno pontificio de proveerse de conveniente guarnición de Milicia indígena, que no puede ciertamente suministrar el pequeño territorio que le ha quedado. Es verdad que tal perjuicio puede repararse tomando á sueldo tropas forasteras, lo cual es derecho de todo Gobierno, y principalmente del Sumo Pontífice, de quien, como se dijo, todo los pueblos son hijos en Jesucristo; pero, por más claro que sea este derecho, las diferencias arriba indicadas y la angustia del Tesoro Pontificio, muestran con evidencia dentro de qué límites tendrá que restringirse el posible ejercicio de aquel derecho.

Un Estado por consiguiente á tales angustias reducido en lo interior, y tan pobre de medios de defensa, ¿á qué peligros no se verá continuamente expuesto por la parte de fuera? Encuétrase casi encerrado en un círculo de hierro, y como bloqueado por todas partes de posesiones usurpadas por aquel mismo Gobierno, que no sólo con incitadas y sostenidas rebeliones, y con armadas y violentas invasiones á tan miserable condición lo ha reducido, sino que con actos solemnes ha declarado á la faz de todo el mundo que quiere consumar su usurpación apoderándose también del lugar santo, en donde se sienta y reina de siglos atrás el venerando sucesor de San Pedro. Y tan sacrilego voto, no sólo no se ha retractado en la mencionada convención, sino que después de ella los representantes de aquel Gobierno públicamente han declarado de palabra y por escrito que subsiste y dura todavía. Ahora bien, aun admitiendo la hipótesis de que por cualquiera razón que sea no se llegue á nueva invasión armada (á cuya invasión sería ciertamente imposible resistir por nuestra parte), no es creíble que un voto con tanta fuerza pronunciado y con tanta obstinación mantenido, haya de quedar ocioso. Y á la verdad que si las simples calumniosas aseveraciones insinuadas por el plenipotenciario piemontés en el Congreso de París acerca de la administración de las Romanas, fueron el germen de aquella rebelión que tres años después se impuso á la mayoría de los buenos, no es ciertamente irracional el sostener que ese voto discutido, emitido y con tanta solemnidad sancionado en un Parlamento público, sea perpetuo fomento de

revolución y continua amenaza para la tranquilidad del país.

Han declarado sus sostenedores que tratan de llevarlo á cabo por medios morales, y no es necesario detenerse á explicar que entiende por semejantes medios aquel Gobierno. En efecto, por dichos medios morales debe entenderse los que se han puesto en práctica otras veces en daño de la Santa Sede, por quien, por la representación especial de que estaba revestido por parte del gobierno piemontés, la misma Santa Sede debía esperar todo, menos la traición. Medios de esta clase deben reputarse los que han sido puestos por obra por el Gobierno piemontés para promover y proteger secretamente la expedición contra Sicilia, aparentando á la faz de la diplomacia que no sabía absolutamente nada, y hasta que trataba de impedir dicha expedición. Entre los medios de esta clase deben contarse los del general Fanti, cuando dejaba penetrar en las Marcas y Umbria pelotones de revolucionarios con objeto de sublevar las ciudades en que se introducían, y después intimidaba al general pontificio, que estaba dispuesto á penetrar con sus tropas en los Estados de la Iglesia, si se empleaba la fuerza en reprimir las manifestaciones nacionales. De estos y otros medios semejantes, nadie podrá impedir que use el Gobierno de Turin, desde el punto en que se reserva expresamente el derecho de servirse de ellos.

Y ciertamente que no le costará gran cosa el introducir por un puntito otro de la frontera, que por todas partes pueden violar á su antojo partidas sueltas, armas y dinero, protestando sin embargo ó mostrando apariencias de obrar en opuesto sentido. Y el Gobierno Pontificio para evitarlo no podrá formar un grande y poderoso cordon que ciña por to las partes los confines del territorio que le ha quedado, hallándose como se halla reducido este Gobierno, como arriba se ha dicho, á no poder poner en pie sino una reducidísima milicia. Y prescindiendo de esto ¿será por ventura difícil á los emisarios de un Gobierno enemigo excitar en esta ó en aquella ciudad, sujeta al Pontífice, públicas demostraciones con la intimidación, con intrigas, con la seducción y con el oro ¿qué hará en tal caso el Gobierno de la Santa Sede? ¿las dejará desenvolverse impunemente? Entonces se dirá: la fuerza moral ha fallado en contra de la soberanía temporal de la Santa Sede. ¿las reprimirá eficazmente? Es inconciliable, se repetirá, con la civilización moderna un Gobierno que no puede sostenerse de otro modo que con el continuo empleo de la fuerza material. La fábula del lobo y el cordero es asaz notoria, y puede servirnos de enseñanza en el presente caso.

Sucedrá, pues, respecto de la querrela de que se trata, que el Estado pontificio, en la situación á que le han reducido las usurpaciones piemontesas, se verá entregado á continuas vejaciones, por parte del enemigo que por todos lados lo tiene cercado; á continuas insidias, á continuas perturbaciones; de manera que al pequeño ejército de la Santa Sede no le cabrá otra suerte que correr inútilmente de aquí para allá, á fin de arrollar las bandadas invasoras, que encontrarán pronto asilo en territorio enemigo, hasta que llegue una grande irrupción de ejército regular, á quien no le faltará con el tiempo pretexto para un segundo lazo como el infame de Castelfidardo. Y aunque la generosa y magnánima Francia se declarese pronta á acudir con las armas para arrancar la presa al Piemonte, esto no impedirá que entre tanto el Pontífice, su Gobierno y sus fieles súbditos quedasen sujetos á incalculables daños y disturbios. Pero supongamos que ese Gobierno enemigo, por razones que ignoramos, haya renunciado, no sólo al uso de la fuerza contra el Estado pontificio, sino también á las intrigas para excitar á la rebelión, ¿seríamos por ventura seguros entonces por este lado? Ciertamente que no, porque en casi todos los países sujetos á la usurpación del Piemonte, existe un partido que hoy suele denominarse de acción, el cual, profesando ideas sumamente revolucionarias, presta utilísimos servicios á aquella extraña especie de llamados conservadores, los cuales quieren ciertamente la revolución, pero moderada. Aquellos, pues, atendida su violenta naturaleza y sus impacientes aspiraciones, no sabrán ciertamente estarse quietos, especialmente porque el titulado voto nacional de que arriba hemos hablado será para ellos acicate y soplo poderosísimo de su inflamada codicia. Ahora bien, si apenas se ha reprimido y extinguido ese partido en Estados que disponen de grandes fuerzas, ¿qué será cuando caiga en irrupción sobre el débil Estado pontificio? Con dificultad podrá impedirse que no produzca algun grave tumulto aquí ó allá, donde la fortuna le sea propicia, y entonces el Rey del Piemonte, se creará autorizado á intervenir, so pretexto de defender al Padre Santo y restablecer el orden y la tranquilidad pública, perpetrándose de este modo el infame atentado.

Otro pretexto de intervención probable puede ser el siguiente. Partidas de malhechores que hoy son consecuencia de la reacción excitada por la violenta anexión del vecino reino de Nápoles, están molestando de continuo las fronteras pontificias. La represión de tales partidas ha ocasionado hasta ahora al Gobierno de la Santa Sede no leves sacrificios bajo todos aspectos, y ha sido para las tropas piemontesas, no obstante la presencia del ejército francés y la desaprobación de sus jefes, frecuente ocasión de violaciones de territorio. Bien se deja entender cuánto mayores y más frecuentes habrán de ser necesariamente estas violaciones después de la salida del ejército francés, y mucho más habida consideración á lo reducido del ejército pontificio, apenas bastante para la seguridad interior; y ya se comprende que han de dar lugar á no pequeños conflictos y reclamaciones cuya solución no dejará de ser favorable á quien es enormemente más fuerte.

Pero supongamos, en último extremo, que el su-



so dicho Gobierno renuncie á las armas, á las intrigas de rebelión, á los pretextos de intervención. Nosotros creemos probable que, al menos en los primeros tiempos, quiera hacer gala de moderación y guardar las apariencias de buen vecino. ¿Y qué? Los entendidos en la trama no han vacilado en propalar por sí, hasta por escrito, la táctica que se proponen seguir. En efecto, ellos están diciendo: no seremos nosotros los que vayamos á Roma; Roma es la que debe venirse á nosotros, haciendo imposible el Gobierno pontificio.

Y esto se conseguirá no turbando la calma material, sino trabajando en la descomposición del país, poniendo obstáculos á la hacienda, á la administración, al ejercicio de la justicia, y alentando con promesas y dinero la deserción de los soldados. A tan torpe oficio se han comprometido ya varios individuos, los cuales perciben estipendios mensuales de los fraguadores y directores de tan sacrilegos manejos. Contra tales insidias y tan pífidas maquinaciones debe luchar el Gobierno pontificio sólo, y como quien dice, inermes. El hará por su parte todo lo que esté á su alcance para desbaratar la inicua trama; pero si no sale bien en su difícil empresa, ¿cuál es la culpa? ¿del Gobierno pontificio que no ha sabido hacer milagros, ó de quien le ha conducido poquito á poco á tan duro trance?

Conocemos perfectamente la industria que se adoptará, para hacer caer sobre el mismo Gobierno pontificio la imputación de las consecuencias más terribles acaso de lo que se piensa, de tan violento estado de cosas. Se dirá que el Padre Santo debe descender á entenderse amistosamente, con el titulado Gobierno italiano. Pero ¿con quien está decidido á despojarse, qué otro arreglo es posible, sino el de cederle todo cuanto os pertenece? Cuan vana sea esta ilusoria esperanza lo ha demostrado claramente un hecho muy reciente sobre el cual no ha faltado quien ha creído fundar un imaginario porvenir.

El Padre Santo con un acto generoso y verdaderamente digno de su carácter de Pontífice, provocó por sí mismo acuerdos meramente religiosos en alivio de la maltratada Iglesia católica. Pues bien, la invitación pontificia tuvo el éxito que todos conocen, y quedó cerrado el camino á todo razonable avenimiento. Y no es de maravillar, si se tiene en cuenta los consejos que prevalecen en aquel Gobierno. Porque, de quien ha hecho de la revolución su única guía en Turin, ¿es de esperar que abata su bandera en Florencia? Al partido revolucionario importa sobre todo destruir la vida social del Catolicismo, y no podrá detenerse hasta que no vea del todo destruido el dominio temporal, baluarte y custodia de aquella vida.

De otro artículo se usará también con la Santa Sede para hacerla responsable de los acontecimientos. Y ya ha comenzado á iniciarse en la prensa.

Se pedirá sucesivamente por los habitantes del microscópico territorio que queda á la Santa Sede, ya una, ya otra reforma, en virtud de las cuales la autoridad temporal del romano Pontífice quedase reducida á una autoridad de puro nombre, y Roma sea, si no residencia, propiedad al menos del Gobierno piemontés. Y como que el Pontífice se negará á hacer concesiones, visto principalmente el fin con que se piden, se continuará gritando contra la obstinación y la imprevisión, y se dirá que estas son las causas de lo que sobrevenga después. La estratagema no es nueva, y ha sido usada con éxito alguna vez. Hoy se propone de nuevo con esperanzas de buen resultado en todo evento, y se discute así el Sumo Pontífice cede á nuestras exigencias y entonces perderá el resto de su Estados, si no en la apariencia, al menos en la realidad, ó se resiste á hacer concesiones, y entonces tendremos pretexto para despojarse por otros medios, haciendo recaer la culpa sobre el mismo.

Esta exposición de los peligros y amenazas á que se ve abandonado el Padre Santo, desprovisto de medios de defensa, no puede menos de poner á Europa, y al mundo entero en disposición de poder apreciar el verdadero estado de las cosas y hacer justicia á la Santa Sede, reconociéndola libre de todas las imputaciones de futuros acontecimientos que puedan hacerse, cualesquiera que sean estos. En la actualidad es la mayor prueba para la seguridad e independencia de la Santa Sede, más aún que en 1848. Entonces sólo era una facción no numerosa en Italia, despreciada por todos los Gobiernos, la que atentó insidiosamente á la soberanía del Sumo Pontífice, y todos saben cuál fué el resultado. Ahora, entre los mismos gobernantes, hay quien se une á la facción revolucionaria y coopera con todos sus medios para lograr el mismo fin. ¿Querrá suponerse que ahora no hay peligro ó que el Pontífice dispone de medios más poderosos para hacer frente?

De lo dicho le será fácil deducir cuántos y cuán graves peligros quedará expuesto el Padre Santo después de la salida de las tropas francesas de Roma. He querido hacerle una extensa relación á fin de que le sirva de guía, cuando tenga que manifestar la impresión que causa á la Santa Sede la salida de dichas tropas, y á fin de que no se crea que el Padre Santo se forma ilusiones acerca de las verdaderas intenciones de sus enemigos. Su Santidad espera los susodichos peligros con la tranquilidad de conciencia que no los ha provocado; pero si á pesar de todos sus esfuerzos no logra evitar las deplorables consecuencias que puedan originarse, es evidente que á cualquiera, menos á él, podrá atribuírse la culpa.

Con esta ocasión recibí la seguridad de mi más distinguido aprecio.

18 de Noviembre de 1863.

G. CARD. ANTONELLI.

P. S. Un telegrama que acabo de recibir me entera del discurso con que ayer inauguró el nuevo Parlamento de Florencia el Rey del Piemonte, y su mismo contenido es más que suficiente para hacer comprender cuáles son las verdaderas intenciones de aquel Gobierno.

#### TELEGRAMAS.

LONDRES, 22.—El Banco ha bajado su descuento al 7.

PARIS, 22.—Hoy al cerrarse la Bolsa, quedaban los ferro-carriles de Alicante y Zaragoza á 235; el 3 por 100 portugués á 45 1/2; el cambio sobre Lisboa á 539; el 5 por 100 italiano á 61 1/4; el crédito territorial francés á 1,340; el crédito mobiliario francés á 685; el español á 402; el ferro-carril de Sevilla á Jerez á 49; y el del Norte de España á 175.

En Amsterdam quedaba hoy el 3 por 100 español á 00 0/0, y en Amberes á 31 1/4.

PARIS, 22.—El Banco de Francia ha bajado el descuento á 4.

El numerario ha aumentado 22 1/4.

Los billetes en circulación han disminuido 31, y los valores en cartera \$5 1/2.

LONDRES, 22.—El Banco ha reducido el descuento á 7.

PARIS, 23.—El Príncipe imperial ha sido nombrado presidente de honor de la comisión en la exposición internacional de 1867. Ejercerá sus funciones el ministro de Estado.

BERLIN, 22.—Mr. Bismark ha leído en la Cámara de los diputados la Real orden por la que se cierra el Parlamento, prorogándole hasta el fin de la actual legislatura.

PARIS, 23.—El *Monitor* dice que Mr. Pietri, prefecto del Norte, ha sido nombrado prefecto de policía.

FLORENCIA, 22.—El Sr. Minghetti declara que dará al ministerio un voto de confianza; que aprueba su política, así interior como exterior, é igualmente los proyectos financieros, que cree necesarios.

Después de la declaración hecha en el Senado por Mr. Rouher, el Gobierno cree necesario exigir la seguridad de que ninguna intervención tendrá lugar en Roma, y que la presencia de los voluntarios franceses no implicará ninguna mancomunidad de la Francia con ellos.

PARIS, 23.—En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior español, á 00 0/0; el exterior, á 00 0/0; la dñerida, á 35 0/0; la amortizable, á 00 0/0; el 3 por 100 francés, á 69-42 1/2, y el 4 1/2, á 99.

LONDRES, 23.—Los consolidados ingleses quedaban de 87 5/8 á 3/4.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 24 DE FEBRERO DE 1866.

Las doctrinas del Sr. Posada Herrera, ministro de la Gobernación.

#### ARTICULO III.

Donde más claramente se dejó ver el pernicioso espíritu de las doctrinas que vamos exponiendo, fué en el lugar del discurso famoso donde el señor ministro, olvidado sin duda de su ministerio, proclamó arrebatado, fuera de sí, por el génio heterodoxo del liberalismo, la libertad de la enseñanza. Conviene lo primero citar sus mismas palabras, trayendo ántes á la memoria la ocasión en que fueron dichas.

Decía el ilustre Aparisi en la sesión de 4 de Julio, que es horrible tiranía la que se ejerce entre nosotros por el Estado de las universidades del reino con los padres y familias católicas, de cuyo seno salen los hijos para dar en las manos de los textos vivos, que suelen quitarles la fe recibida de sus mayores.

Hé aquí los mismos términos del elocuente diputado católico:

«Os dije que habíais cometido un acto de intolerable tiranía sin saberlo sin duda y sin quererlo. Yo lo comprendo todo, hasta la libertad de enseñanza, que no debe admitirse sin embargo en un país por fortuna exclusivamente católico; pero yo no comprendo que hagáis propiedad de la democracia á mis hijos. Vosotros decís á los padres españoles católicos y monárquicos: ó renunciáis á toda esperanza para vuestros hijos, ó habeis de enviar á esos hijos vuestros á que aprendan la historia de España y de la humanidad de los libros de la misma democracia.

Eso no puedeis hacerlo. Yo no lo quiero; los españoles católicos y monárquicos no lo queremos.

Proclamad la libertad de la enseñanza, si á tanto os atreveis; pero declarad á nuestros hijos una especie de propiedad de la revolución, eso de ningún modo; no debemos consentirlo.

¿Sabéis lo que son los niños, lo que son los jóvenes? Son tablas aparejadas para recibir la pintura: lo que allí se pinta, allí queda, y es difícil, si no imposible, borrarlo; el alma del profesor, y más si es bondadoso y elocuente, se traspara á sus discípulos y hace ó trasforma aquellas almas en su imagen y semejanza.

Si el profesor es racionalista y demócrata, nosotros no podemos entregarle nuestros hijos: en un país católico y monárquico; en un país en que el Gobierno da la enseñanza, nosotros damos nuestro dinero para que se enseñe á nuestros hijos la ciencia, más no para que se les convierta en demócratas ó en racionalistas.

Juliano el Apóstata, cuando deliraba, no inventó tiranía mayor, pero Juliano el Apóstata iba derecho: su fin: trataba de destruir el Dios de los cristianos, y de resucitar las muertas divinidades del paganismo. Pero vosotros sois ministros de España, católicos y monárquicos: no podeis querer, no quereis que con el sudor del pueblo español monárquico y católico, se eduque una juventud indiferente por lo mismo al culto de nuestros padres, y enemiga del Trono de nuestros Reyes.»

Escusado es añadir que los sentimientos tan elocuentemente expresados en este lugar de su discurso por el Sr. Aparisi son los de todos los católicos, son los mismos sentimientos de la Iglesia, siempre celosa de la salud de las almas, y por consiguiente de la pureza de la doctrina que debe transmitirse en las aulas, y enemiga de toda tiranía, singularmente de la tiranía del error que oprime la inteligencia de la juventud empezando por seducirla. Oigamos ahora al Sr. Posada Herrera contestando á nuestro ilustre orador; he aquí las palabras del señor ministro:

«Aunque el Sr. Aparisi no quiera, la libertad es tan buena, que en el siglo en que vivimos no hay ninguna cuestión ni política, ni económica, ni social, que pueda resolverse de otra manera que por la misma libertad, y tarde ó temprano será necesario buscar en la libertad misma una solución á las dificultades producidas en la cuestión de enseñanza.»

El Sr. Posada Herrera contestó, pues, á las quejas de los católicos invocando un principio falso, reprobado, heterodoxo; en vez de proveer á la necesidad de cortar la raíz del mal que deplora la Iglesia, sembró la semilla de todos los errores y de todos los males invocan-

do la libertad de enseñanza. ¿Sabe el ministro de la Gobernación lo que es la libertad de enseñanza? ¿Conoce el origen de esta execrable y nunca bastante detestada libertad? ¿Ha calculado la inmensa y funesta trascendencia de sus palabras?

La libertad de enseñanza es la licencia concedida á todas las sectas, á todos los errores, á todas las ideas dañadas y perversas que circulan por el mundo moderno, al materialismo, al panteísmo, al excepticismo, á los sistemas socialistas y comunistas, y en suma á todos los enemigos de la verdad católica, para difundirse por el ministerio de la enseñanza y penetrar en el ánimo de los jóvenes, y formar ó mejor dicho pervertir las generaciones corrompiendo todo la masa social al cabo de poco tiempo, y trocando á los pueblos católicos en revolucionarios é ingobernables. ¿Y es esta la medicina con que se propone curar el Sr. Posada Herrera los males de que se quejaba el Sr. Aparisi?

Ni es menos dañada que ella la raíz de donde procede esa maldicienda libertad; pues no es otra que la heregia protestante, cuyos dos puntos fundamentales formulados por Rousseau en su segunda carta de la montaña son: «Reconocer la Biblia sola por regla de fe, y no admitir otro intérprete de la Biblia fuera de cada individuo particular.» La libertad absoluta en materia de Religión, y por consiguiente la libertad de enseñanza es, pues, un artículo fundamental y esencial de la reforma protestante. Una vez reconocida á la razón humana por soberana, por único criterio de verdad, de justicia, de Religión, la lógica tiene que proclamarla libre é independiente; libre de toda ley, de toda regla y autoridad; libre en sus pensamientos y discursos; libre para expresarlos por medio de la palabra impresa; libre para transmitirlos oralmente por medio de la enseñanza.

Y á la verdad si la palabra ha sido dada al hombre no para disimular sus pensamientos, como decía Talleyrand, sino para manifestarlos, sería un absurdo y una contradicción conceder libertad á la palabra y negársela á la enseñanza. Dudamos que el señor ministro de la Gobernación pesará sus palabras ántes de proclamar una libertad cuya naturaleza no es menos dañada que su origen; porque á haberlas considerado atentamente, atendiendo además á la dignidad que está revestido su autor, ¿cómo hubiera podido emplear en la lucha una de las armas forjadas por la reforma protestante para herir á la Iglesia de Jesucristo y dar la muerte á sus hijos? ¡Ah! esa arma es prohibida por toda ley divina y humana; y el señor ministro, á cuyo cargo corre la prohibición de las que dan muerte al cuerpo, no debió hacer uso de una mucho más afilada y mortífera, cuyos filos están tomados de veneno; arma terrible, capaz, ella sola, de quitar la vida del entendimiento y del corazón, la vida de la fe y de la virtud cristiana á toda una nación generosa.

No se nos oculta la razón que pudiera alegarse para disculpar al Sr. Posada Herrera, porque la estamos oyendo á cada paso. Y es esta: «No os quejais del monopolio universitario? ¿No nos acusais de tiranizar á las familias católicas obligándolas á pagar con su propio sudor la enseñanza perniciosa que reciben sus hijos en las aulas de los textos vivos? Pues la libertad os salvará de esa opresión desatando las cadenas de tan malhadado despotismo. El día que la libertad de enseñanza luxa en nuestro país, los padres católicos podrán mandar libremente á sus hijos á los institutos ó casas de enseñanza regidas ó aprobadas por la Iglesia donde pueden estar seguros de que no se les robarán su fe ni su inocencia, ántes se les promoverá y cultivará por la piadosa mano del magisterio, de la instrucción y de la educación cristianas. ¿Qué más queráis?»

No lo negamos: esta es la sola cara bella de la libertad de enseñanza, por la cual la preferimos mil veces al monopolio universitario ejercido por un Estado ateo. Pero téngase en cuenta lo primero, que esta libertad de la enseñanza católica, es la única sana y legítima, la única que tiene la autoridad divina por principio, la verdad por objeto, la paz y la dicha del individuo y de la sociedad por fin. Esta libertad por lo demás no es un favor, una concesión del Estado; es un derecho inalienable y perpetuo de la Iglesia, es el ministerio augusto en que se emplea cumpliendo la divina misión que le encomendó su adorable Fundador en aquellas palabras: *Enseñad á todas las gentes.* «La Iglesia», ha dicho recientemente su veneranda Cabeza en su carta al Arzobispo de Friburgo, «fué constituida por su divino Autor como una columna y firmamento de la verdad para que á todos los hombres enseñe la fe divina y dirija sus pensamientos y sus obras estableciéndolos en la honestidad de las costumbres y en la regularidad de la vida según la regla de la doctrina revelada.» ¡Cosa singular! La sola institución cuya libertad para enseñar procede de su misión divina, de su magisterio infalible, de su acción santificante y salvadora, es también la única contra la cual se ha inventado el moderno apotegma de la libertad absoluta de enseñanza, llegando á tanto su opresión en España, que no sólo se vé repudiada de los establecimientos públicos, pero aun en sus mismos seminarios sienta el peso de sus cadenas, de tal manera que si sus alumnos quieren aprovecharse para alguna carrera civil, del latín que ella les enseña, tienen necesidad de hacer como quien lo olvida para volverlo á cursar año tras año miserablemente en las escuelas del Estado. ¡Llegará por ventura á verse libre

la Iglesia de estas trabas cuando se cumpla la siniestra profecía del señor ministro de la Gobernación? Mucho lo dudamos; porque el liberalismo sabe idear muchas trazas para privar al Catolicismo de la libertad que predicamos los liberales en favor de las sectas, y porque el ejemplo de Bélgica y de otros Estados modernos nos induce á recelar de este y de los demás dones del liberalismo.

En segundo lugar, la libertad predicada por el Sr. Posada Herrera, esa libertad en sus relaciones con el Catolicismo, es de derecho divino, y por consiguiente ley comun acabada en todos los Estados católicos, se convierte en licencia desde el punto que se concede á todos los hombres para enseñar lo que se les antoja sin otra regla que su razón, extraviada en unos, corrompida en otros, esclava de la sensualidad, juguete de la opinión y de la moda, arrebatada de todo vinto de doctrina, convertida en ídolo de sí mismo y al mismo tiempo en instrumento de iniquidad y de mentira, de seducción y de todo linaje de errores y maldades. La razón humana, así divorciada de la fe, carece de autoridad, vive en medio de sombras, atormentada de dudas, sin norte, sin luz, sin estabilidad ni fijeza en las doctrinas, siempre indagando la verdad y nunca encontrándola, poniendo en tela de juicio los principios más evidentes, caminando por medio de ambigüedades y sofismas, y engañando al pueblo con apariencias sensibles, sin desdenar el parecer bajo la forma vil de prostituta. ¡Y esta razón desatinada y hostil á toda verdad y autoridad ha de ocupar libremente las cátedras de la enseñanza, para dogmatizar contra la Iglesia y la sociedad!

Desengañese el señor ministro: la libertad de enseñanza que proclama como medio de resolver la cuestión promovida en este punto, es absurda, porque confunde la legítima libertad que debe gozar la Iglesia para transmitir sus enseñanzas divinas, con la licencia concedida á los racionalistas é impíos para descatalogar á los pueblos y conducirlos por aquí á miserable degradación y ruina; confunde, decimos, la verdad con el error, el bien con el mal; mide al Catolicismo con la baja medida de las sectas, y concede á las sectas los fueros del Catolicismo; y so pretexto de libertad entroniza la licencia, cuyo resultado sería en definitiva caer la juventud en los lazos armados por los sofistas. Desengañese el Sr. Posada Herrera: el error carece de todo derecho, y por consiguiente no puede aspirar con razón á transmitirse, á inculcarse en el corazón de la juventud merced á la libertad concedida á sus desdichados apóstoles para enseñarlo.

Es, pues, falsa, damnable, perniciosa la doctrina predicada en las Cortes acerca de este punto por el Sr. Posada Herrera. Pero su falsedad sube de punto en España donde la libertad para enseñar el error es incompatible con la unidad católica reconocida en la Constitución del Estado; y es cosa muy para maravillar que fuera proclamada por un ministro constitucional de una Reina católica en una nación exclusivamente católica. A lo cual se allega la fe y el respeto debido á las sagradas obligaciones contraídas por el Gobierno español con la Iglesia según el Concordato vigente. «La instrucción de las Universidades, colegios, seminarios y escuelas públicas ó privadas de cualquier clase, será en todo uniforme á la doctrina de la misma Religión católica» dice el artículo 2.º del Concordato. ¿Cómo fué, pues, osado un miembro del ministerio á proclamar entre nosotros un principio condenado por la razón, por la religión y por las leyes?

JUAN MANUEL ORTÍ Y LARA.

#### OFRENDAS Á SU SANTIDAD.

LIZASO (Navarra). Nos adherimos á la Protestación del 8 de Setiembre último.—José Igoa, 100 rs.—Juana María Nuin, 4 rs.—Fermín Igoa, 4 rs.—Micaela Igoa, 2 rs.—Juan José Erro, 1 real.—Francisco Machifena, 1 real.—Tomas Monaco, 1 real.—Francisco Espelós, 8 rs.—Estefanía Beruete, 8 rs.—José Espelós, 2 rs.—Juana Espelós, 2 rs.—Filomena Espelós, 1 real.—Francisco Perugorria, 4 rs.—Juana Laasa, 4 rs.—Francisco Olague, 8 rs.—Tomas Larregui, 4 rs.—Martín Diego Olague, 2 rs.—Florencia Olague, 2 reales.—Ambrosia Olague, 2 rs.—Juana Olague, 2 rs.—José Fermín Olague, 1 real.—Martín Francisco Iraizoz, 1 real.—Francisca Aguerreta, 1 real.—José Fermín Igoa, 4 rs.—Micaela Osoz, 4 rs.—Manuela Larumbe, 4 rs.—Manuela Errea, 1 real.—Juan Tomás Beruete, 4 rs.—María Gracia Errandorena, 4 rs.—Miguel Ángel Beruete, 2 rs.—Juana Villasan, 2 rs.—José Ramon Oronoz, 1 real.—Pedro María Osinaga, 2 rs.—Juan Martín Iraizoz, 1 real.—Luis Mezquiriz, 1 real.—José Ramon Aguirrezabala, 20 rs.—Saturnina Anoz, 20 rs.—José Arce, 4 rs.—Matias Iraizoz, 2 rs.—Miguel Martín Guerdian, 6 rs.—María Juana Arce, 6 rs.—María Gracia Guerdian, 2 rs.—Fermín Guerdian, 2 rs.—José Eraguas, 2 rs.—Agustina Senosiain, 2 rs.—Juan Martín Orquin, 2 rs.—Martina Miguelena, 2 rs.—María Juana Saralegui, 2 rs.—Juan Martín Aizuaín, 2 rs.—Fernanda Aizcorbe, 2 rs.—Estefanía Cia, 1 real.—Juan Martín Cia, 1 real.—Manuela Esparza, 4 rs.—Francisco Aristegui, 4 reales.—Juana Aristegui, 2 rs.—Jesus Aristegui, 2 rs.—Miguel Aldaz, 8 rs.—Francisca Iraizoz, 8 rs.—Francisco Aldaz, 4 rs.—Antonio Beruete, 2 rs.—Juana Gracia Nuin, 2 rs.—José

María Echeverría, 1 real.—Fermína Cenoz, 1 real.—Francisco Gascau, 2 rs.—Micaela Lizaso, 2 rs.—Catalina Erice, 2 rs.—Francisco Elizondo, 2 rs.—Catalina Arraras, 2 rs.—José Cia, 1 real.—Tomas Senosiain, 1 real.—Ignacio Ameg-queta, 2 rs.—Juana María Iraqui, 2 rs.—Miguel José Marturet, 1 real.—Martina Seminario, 1 real.—Martina Cenoz, 1 real.—Salvador Orquin, 1 real.—José Miguelena, 1 real.—Juan García Juansaras, 1 real.—Juan Gonzalez, 1 real.—Juan Martín Loperena, 1 real.—Pedro Martín Ostiz, 6 rs.—Francisca Barabiar, 4 rs.—José María Ostiz, 2 rs.—Pedro Juan Ostiz, 2 reales.—Esteban Ostiz, 2 rs.—Lucas Ostiz, 2 rs.—Manuel Ostiz, 1 real.—Deogracias Ostiz, 1 real.—Antonio Gascau, 2 rs.—Vicente Orbegozo, 2 reales.—Catalina Orbegozo, 2 rs.—Francisco Oyamburu, 2 rs.—María Ignacia Serrano, 2 rs.—Francisca Gaztelu, 2 rs.—Lorenzo Larrayoz, 2 rs.—Gracia Antonia Barbería, 2 rs.—José Fernando Barbería, 2 rs.—Juana Micaela Arraras, 1 real.—Juan Bautista Esain, 2 rs.—Josefa Antonia Elizalde, 2 rs.—Francisco Esain, 1 real.—Saturnino Guelvenzu, 2 rs.—María Baptista Fribarren, 2 rs.—Idelfonso Altuna, 2 reales.—Narciso Juberá, 2 rs.—Josefa Ortiz, 2 rs.—Angel Iraizoz, 2 rs.—Martina Gamio, 2 rs.—Francisco Lizaso, 6 rs.—Francisco Iraizoz, 6 rs.—Micaela Barbería, 4 rs.—José María Lizaso, 2 rs.—Juan Graciano Lizaso, 2 rs.

MADRID. D. J. G., 200 rs.

POZO-ANTIGUO. Anónimo, 7 rs.

Mater divina gratia, ora pro nobis.

TORO. A fin de alcanzar del Señor energía bastante para desear de la imaginación las ideas que sin cesar me atormentan.—L. R. (mensual), 6 rs.

ACEBO. J. C. C., 1 real.

ESTREMADURA. Un católico, 300 rs.

VILLANUEVA DE LOS INFANTES. Un suscriptor, 51 rs.

FERMOSELLE.—J. G., 1 real.

El discurso que ayer pronunció en el Congreso el Sr. Figuerola tuvo dos partes: en la primera trató de la cuestión de Italia, expresándose, no sólo injusta, sino sanamente, contra el poder temporal, contra los Papas, contra los Obispos, contra la Iglesia; en la segunda parte habló contra las influencias extralegales, contra el ministerio.

¿Qué correctivo tuvieron las escandalosas proposiciones del diputado progresista? La siguiente.

Levantóse el Sr. Posada Herrera, ministro de la Gobernación, y dijo:—Dos partes tiene el discurso del Sr. Figuerola: en la primera, que es la referente á Italia, reconozco al catedrático, al filósofo, al orador grandilocuente de todos tiempos; en la segunda (la referente á las influencias extralegales y al ministerio), su señoría no es más que un mal imitador, un servil copiante del Sr. Olózaga.

¿No les parece á nuestros lectores que las palabras de la primera parte del discurso quedaron perfectamente contestadas?

¿Cabe mejor correctivo contra las impías aserciones del Sr. Figuerola?

Cuando delira el diputado progresista contra la Iglesia es el catedrático, el filósofo; el orador de mérito; pero cuando habla contra las influencias y el ministerio.... ¡oh! entonces conviértese en mal imitador, en servil copiante del Sr. Olózaga.

Bien, perfectamente bien por el Sr. Posada Herrera. No puede negarse que ayer el ministro de la Gobernación estuvo á la altura del partido progresista.

La *Epoca* combate anoche el discurso del Sr. Nocedal y sale á la defensa del sistema parlamentario.

Como entendida en retórica guarda su grande argumento para el final de su artículo donde se expresa en los términos siguientes:

«La sesión terminó con un incidente parlamentario, suscitado con motivo de un dictamen sobre incompatibilidades. Hay diputados que no reparan en convertir en cuestiones políticas ó legales sus rencoras inveteradas ó sus diensiones personales á las que se entregan sin escrúpulo ni disfarz.»

De Lisboa escriben á *La Correspondencia* la siguiente carta en que se refiere minuciosamente lo sucedido en la sesión de la Cámara de los diputados del día 19, acerca de la moción presentada por algunos miembros de la oposición anatematizando la conducta del Gobierno al disponer la salida de Portugal del general Prim, de cuyo hecho ya tienen conocimiento nuestros lectores:

«Lisboa, 20 de Febrero.—Los diputados de la oposición han promovido ayer en la Cámara un largo debate que en resumen puede traducirse por el deseo que aqueja á toda minoría de crear dificultades al Gobierno y amontonarle obstáculos en medio de su camino.

Debo hacer constar, sin embargo, que algunos de esos diputados se hallaban animados del mejor espíritu y sólo llevaron al debate la buena intención de esclarecer un punto de derecho internacional y abogar por las que ellos creen preeminencias de la libertad. Me refiero á la interpelación esplanada por el señor Santos Silva sobre la intimation que ha recibido el general Prim para dejar el territorio de Portugal, intimation de que oportunamente di á usted aviso telegráfico.

A la una y media, en que fué abierta la sesión, la Cámara de diputados ofrecía un aspecto muy animado: además de los miembros de la Cámara y muchos de los pares que se hallaban en el local, las galerías y tribunas estaban llenas de gente, atraída por la importancia de la interpelación anunciada. En aque-



momento, debo confesar á Vd. que no faltaban entre los concurrentes muchos que se hallaban animados de alguna prevención contra el Gobierno, más por la simpatía que inspiraba siempre la desgracia de la emigración, que por el raciocinio claro y la apreciación desapasionada de los hechos. La cuestión, sin embargo, prescindiendo de las primeras impresiones, era y sigue siendo muy clara y definida para el Gobierno, porque este tiene que atender en medio de todo á una cosa más alta y de más importancia que la cuestión de los emigrados; el Gobierno tiene que gobernar.

En el despacho ordinario, después de varios asuntos del mismo, y al entrar en el salón los señores ministros de Hacienda, Reino, Negocios extranjeros, Justicia y Marina, pidió y obtuvo la palabra para una moción urgente el Sr. Santos Silva, que es uno de los diputados más caracterizados en sentido independiente.

Empezó este manifestando que nunca se había visto dominado por una impresión tan fuerte, porque nunca había podido suponer que se vería obligado á subir á la tribuna para condenar los actos de un Gobierno á quien desde que se halla al frente de la administración pública no había tenido motivo ni deseo de hostilizar en ningún sentido.

Dijo, pues, que iba á narrar un hecho, y con efecto, describió la entrevista á que el general Prim fué invitado por el presidente del Consejo de ministros.

De las palabras del orador resulta, que el jefe de los emigrados, correspondiendo corte mente á la invitación, se presentó en casa del jefe del Gabinete, é interrogado por este acerca de si reconocía por suyo un manifiesto que aparecía publicado en algunos periódicos con la firma de Juan Prim, contestó resueltamente y afirmativamente, manifestando de paso que le había suscrito por la necesidad de dar cuenta á la Europa de sus actos, después que sofocado el movimiento revolucionario á cuyo frente estaba, se había visto obligado á emigrar.

Entonces el señor ministro, con las frases más dulces y corteses, expuso al general Prim la conveniencia de que se retirase de Portugal.

El orador, considerando sólo este paso del presidente del Consejo, cesó fuertemente la medida del Gobierno, siquiera estuviese tomada en tan buenos términos, y no vaciló en calificarla de atentado contra las leyes, costumbres y sentimientos de este pueblo, y en contradicción con las eternas reglas de la hospitalidad del país lusitano.

Después leyó el Sr. Santos Silva una carta dirigida por el general Prim al jefe del ministerio, exponiendo algunas razones en contra de la orden que acababa de recibir, carta que no me atrevo á enviar á usted, porque es algo larga; concluyendo el prólogo de su interrelación con la lectura de la orden del Gobierno, la cual estaba concebida en los siguientes términos:

«Excmo. señor: Habiendo declarado V. E. en la entrevista que tuvimos ayer que aceptaba la responsabilidad del manifiesto publicado con su firma en algunos periódicos de esta capital, y estando el Gobierno en la persuasión de que la permanencia de V. E. en este país está poco conforme con los bien entendidos relaciones internacionales que tiene el deber de guardar respecto de una nación amiga, cumplo de este modo la penosa obligación de significar á V. E. lo que el Gobierno espera, esto es, que aprovechando la primera ocasión que se le presente, se retire V. E. del territorio portugués.

Al comunicar á V. E. esta resolución, el Gobierno siente que las razones aducidas en la carta que acabo de recibir no hayan podido destruir los fundamentos en que se apoyaba aquella medida.

Dios guarde á V. E.—Secretaría de estado de los negocios del reino, 17 de Febrero de 1866.—Joaquín Antonio de Aguilar.»

Concluida la lectura de estos documentos y restando la interrelación, el Sr. Santos Silva preguntó al Gobierno si la medida adoptada con el general Prim era consecuencia de alguna reclamación del Gabinete de Madrid, ó si por el contrario, como había manifestado verbalmente el señor ministro, era pura y simplemente de la iniciativa del ministerio portugués. Hizo después algunas consideraciones acerca de las dos preguntas que acababa de enunciar, manifestando su creencia de que el general Prim en nada había ofendido á las leyes portuguesas, ni el manifiesto era bastante motivo para justificar la determinación adoptada y concluyó enviando á la masa la siguiente proposición:

«La Cámara, fiel intérprete de los sentimientos de la benevolencia y hospitalidad que el pueblo portugués, lejos de desmentir, ha manifestado siempre con aquellos que impelidos por el infortunio político han venido á acogerse á la protección de nuestras leyes é inmunidades, espera que el Gobierno mande retirar la intimación hecha al general Prim para salir de Portugal; y acuerda pasar á la orden del día.—Santos é Silva.»

Leída esta proposición, el Sr. Sant'Anna é Vasconcellos pidió que se consultase á la Cámara sobre si debía concederse la palabra á todos los diputados que la pidiesen, y así se acordó.

Entonces el señor presidente del Consejo (J. A. de Aguilar), se levantó y expuso el firme convencimiento del Gobierno de que no merecía las censuras que le acababa de dirigir el señor diputado.

Anticipó la resolución del Gobierno de retroceder, y aseguró que las órdenes que había dado serían estrictamente cumplidas.

Dijo que el principal fundamento de la orden comunicada al general Prim era el manifiesto que había publicado, documento que podía considerarse dividido en dos partes, de las cuales la primera era la historia de la sublevación, y la segunda una proclama revolucionaria, en la que daba á entender que estaba descausando en Portugal como descausa el guerrero mientras se herra á su caballo, para después continuosa con más rapidez su camino. «El extranjero, dijo el señor ministro, que se abriga á la sombra de la bandera de una nación vecina, no puede establecer en ella el cuartel general de sus operaciones políticas.»

«Es preciso, añadió, que la hospitalidad que se concede á los emigrados no perjudique en nada á la neutralidad y á las buenas relaciones de una nación amiga. Y estas fueron las razones que impulsaron al Gobierno á tomar la resolución que ha adoptado, resolución pensada sin duda, pero impuesta por el cumplimiento estricto de su deber, resolución á la cual ha sido y es completamente ajeno el Gobierno español.»

El Sr. Sant'Anna empezó y concluyó su discurso censurando ácremente la conducta del Gobierno. Es uno de los miembros más vehementes y enérgicos de la Cámara, que en lo general habla con calor, con fuego y sobre todo con gran convicción en sus opiniones. Ayer especialmente se mostró profundamente conmovido y enérgico; dijo que le parecía llegada la ocasión de dar gracias á los dioses, porque los consules no desesperaban de la salvación de la República; arpuso los ejemplos de Inglaterra y de Suiza, y terminó exponiendo su opinión de que la medida adoptada por el Gobierno sólo estaría justificada por una reclamación del Gabinete de Madrid.

El Sr. Fontes Pereira de Mello, ministro de Hacienda, también tomó parte en la discusión, sustentando los mismos principios expuestos por su compañero de Gabinete, y demostrando que la Suiza, que se citaba como ejemplo, había presenciado más de una vez actos de estradición; y la Inglaterra, á pesar de la manera especial que tiene de tratar á los emigrados, había asistido al espectáculo de abandonar el poder un ministro acusado de facilitar recursos á Mazzini.

Ya muy avanzada la hora tocó el turno al Sr. Pinto Coelho, el cual hizo algunas consideraciones, encaminadas á demostrar que el Gobierno había obrado perfectamente al tratar de impedir que dentro del territorio portugués se conspirase contra las naciones extranjeras; y pidió que se le reservara en el uso de la palabra para hoy.

Se levanta la sesión á las cuatro.

Para interrumpir esta carta que concluiré mañana con la reseña de la sesión de hoy, debo comunicarle á Vd. la noticia de que se ha constituido una comisión con el encargo de dar una función en el teatro de San Carlos, á beneficio de la clase de tropa de los emigrados españoles, y hoy anuncia al público, que los abonados tienen reservadas sus localidades en el mismo teatro.—X.

Hé aquí los párrafos más importantes de la comunicación que dirigí el general Prim al ministro de Estado, y á la cual se refiere la anterior correspondencia:

«Ilmo. y Excmo. Sr.: Habiendo hecho V. E. la honra de llamarme á su presencia, en el día de hoy, me apresuré á ponerme á sus órdenes, cumpliendo al mismo tiempo con los deberes que me imponen mi situación y la cortesía.

V. E. tuvo la bondad de manifestarme que esta conferencia tenía por objeto saber si el manifiesto que circuló en España con mi nombre, y que reprodujeron los periódicos portugueses, era efectivamente mío; y, habiendo yo respondido que sí, añadió V. E. que, en vista de mi afirmación, el Gobierno no podía permitir que permitiesen yo por más tiempo gozando de la hospitalidad que se me había concedido.

V. E. me permitió que le exponga, con todo el respeto debido, más también con mi habitual franqueza, la sorpresa que me causó semejante manifestación, tanto más, cuanto que juzgo haber cumplido con los deberes que me imponía mi situación, porque desde el momento en que entré en Lisboa impuse una conducta circunspecta, hasta el punto de privarme de asistir á las reuniones públicas.

Me sorprende creció de punto al saber que la intimación hecha por V. E. no había sido motivada por ninguna reclamación del Gobierno español, el cual, á pesar de serme adverso, no he creído hasta ahora mi manifiesto tan grave como V. E.

El general Prim concluyó diciendo que, antes de dar á luz su manifiesto, le consultó con algunos hombres políticos portugueses, los cuales no creyeron que pudiese dar lugar á conflicto alguno con el Gobierno español, y dando la seguridad al portugués de que, si estereos deber insistir en su propósito, aquel está dispuesto á salir de Portugal y á pedir asilo en otro país.

También escriben de Lisboa á La Correspondencia, que el día 28 saldrá de aquella ciudad para Londres el marqués de los Castillejos, acompañado de los señores Milans del Bosch, Monteverde y Rubio; y añaden que, después de permanecer algunos días en Inglaterra, pasarán probablemente estos señores á Italia.

Ayer recibí en Madrid el telegrama que sigue:

«SEVILLA, 23. Esta tarde á las seis S. A. R. la Serrana, señora Infanta duquesa de Montpensier ha dado á luz con toda felicidad un robusto Infante.»

El mismo periódico noticiario dice lo siguiente: «El consejo de guerra ha terminado los trabajos y dictado ya sentencia contra los compradores en la última sedición. A la clase militar en todos sus grados se le aplican las penas de ordenanza; y la mayor pena impuesta á los paisanos es la de cuatro años de presidio.»

Paréceme, dice también La Correspondencia, que son completamente falsos los rumores que anteayer se hicieron circular respecto á alteración de la tranquilidad pública en Galicia.

Para La Política son tan curiosos como elocuentes los siguientes datos que sobre el progresivo crecimiento de la Deuda pública adjuntó anteayer en el Congreso el señor ministro de Hacienda:

«De ellos resulta que al terminar el reinado de D. Carlos IV, la Deuda pública era de 7,200 millones de reales, en 1814 ascendía ya á 11,567 millones; en 1818 era de 13,014; en 1833 de 17,112; en 1840 de 15,293 millones, y hoy asciende á 18,097 millones, incluyendo en ella 1,226 millones á convertir; 1,200 de inscripciones á favor del Clero; 1,021 de inscripciones á favor de las corporaciones civiles, y 1,080 por obligaciones de ferro-carriles; total, 4,527 millones.»

También para nosotros son hasta un extremo elocuentes y eso que miramos la cuestión bajo un punto muy diferente de vista.

Yapareció aquello es decir, ya son públicas las dificultades que aquejan á la municipalidad de Madrid al proponerse brir la zanja que ha de rodear la población, y acerca de las cuales habíamos hecho nosotros mucho tiempo antes algunas indicaciones. Véase cómo se explica La Correspondencia de hoy con respecto á este asunto:

«El sábado último celebró su sesión semanal la junta de ensanche, aunque tampoco pudo concurrir el alcalde-corregidor.

Paréceme que se trató de una cuestión importante, cual es la expropiación de los terrenos que ocupará el foso, pues se dio cuenta de una solicitud de varios propietarios por donde este debe pasar, pidiendo que el ayuntamiento no pautase en ellos hasta tanto que se hayan cumplido las prescripciones de la ley de 1838, dada precisamente para garantía de la propiedad. Los firmantes de la exposición pedían el amparo de la ley y el apoyo de la junta, en vista de lo que prescribe la ley de ensanche de poblaciones, y parece que el acuerdo de aquella fué elevar la oportuna reclamación al Gobierno, sosteniendo la necesidad de que la ley se cumpla.

La junta discutió también el dictamen presentado por el Sr. Retortillo sobre las reclamaciones de los propietarios de Chamberí, contra el plazo aprobado para la edificación en dicho barrio, á fin de que respeten todo lo posible las construcciones existentes que de tanto interés es para todos los que en dicha zona poseen fincas ó solares.»

De suerte, que la zanja no se abrirá en mucho tiempo; pero las puertas y gran parte de la cerca anterior de Madrid habrá quedado deruida; los felatos se establecerán desde el 1.º del mes en medio del campo; el personal de carabineros y otros empleados que hayan de constituir la línea destinada á impedir la introducción fraudulenta de los géneros afectos al pago del derecho de consumos aumentará hasta el infinito, y aún así no desempeñará perfectamente su cometido, y, para decirlo de una vez, sucederá que habiéndose propuesto, como en otras muchas cosas, introducir un arreglo ó una reforma, sólo se ha conseguido proporcionar mayor extensión y facilidades al abuso.

La temperatura ha sufrido en Madrid un cambio tan brusco como repentino, habiendo descendido el calor de 10 á 12 grados Reaumur en el centro del día, y volviendo por la noche las heladas con bastante fuerza. Este temporal del Norte, con que se inaugura la primavera médica, aunque no sea de los más perjudiciales á la salud, puede, en opinión de los facultativos, ocasionar pulmonías, catarros, irritaciones y otras dolencias, si no se observa la debida precaución. Con respecto á los sembrados, afortunadamente el frío, por grande que sea en el tiempo que estamos, sólo contribuye á paralizar los progresos de la vegetación.

Dice «La Perseverancia» de Zaragoza:

«Se nos ha dicho que unos especuladores han presentado al ayuntamiento de la ciudad de Teruel, una proposición por la que se obligaban á entregar á esta corporación la suma de cincuenta y cinco mil duros, con la sola condición de que les permitiera sacar de dicha ciudad por el término de seis años, las momias de los tan conocidos y renombrados Anacortes de Teruel, con el objeto de enseñarlas no sólo en España, sino también en el extranjero.

En el siglo XIX ni aun á los muertos quieren dejar en paz.»

Un licenciado del ejército que se volvía á su casa, cometió la imprudencia de enseñar una noche en una venta dos de esas liras, viejas, pero provocativas pelucas de Carlos III, que se esconden y se desdeshan de visitar nuestras casas por hacer plaza á esos brillantes y traviesos nietezuelos llamados centines, que todo lo invaden y por todas partes se meten.

El licenciado madrugó; pero apenas había andado media legua, cuando se encontró de manos á boca con la de un trabuco en su pecho, y un mocito moreno y patillado que le dijo:

—Compadre, me interesa, saber la fecha de esas señoras mías, que enseñaba Vd. anoche, y espero que muy prontamente las dejará Vd. en el suelo y tomará callando el tole tole camino de su pueblo.

—Mucho, ahí las tienes, repuso el soldado; no es cosa de que riñamos por tan poco.

—Viva la buena gente dijo el ladrón.

—Por his de hacermos un favor, apuntó el licenciado.

—Lo que quieras.

—Mira yo soy un soldado con nota de valiente, y voy á quedá deshonrado el día que sepan que un sólo hombre se me ha llevado las onzas.

—¿Bañi quién ha de saber eso?

—No importa; mira puedes salvar mi honor, y lo salvarás.

—¿Cómo?

—Dispara tu trabuco en mi manta para que vea todo el mundo que me he defendido.

—No quieres más?

—No.

—Pues ahí va.

El ladrón disparó; pero entonces, viéndole desarmado, se lanzó sobre él nuestro licenciado, lo derribó al suelo, y después de darle una buena felpa y de quitarle por supuesto las onzas, lo llevó atado al primer puesto de Guardia civil.

Pocas veces se ha visto, según un periódico, mayor apatía en nuestro municipio que en la actualidad.

Son escasísimas y contadas, dice, las obras que se hacen por su cuenta.

Los proyectados jardines en las plazas de Santo Domingo y Santa Ana están por comenzar.

La urgente reforma de aceras en la zona comprendida entre la calle de Santa Isabel, Tres Peces, Avenida y Carret, yace en el mayor olvido.

Los mercados están cada día más repugnantes y descaudados.

El cerrillo de San Blas á medio desmoronar y sin orillar las dificultades que se oponen para la construcción del reclamado paseo de invierno.

La calle inmediata al Banco, cerrada por toscos tablonés, y las colindantes casas apuntaladas y amenazando venirse abajo el instante menos pensado.

Centenares de casas cuyo revoco y portales escarrecen al ornato público, sin que ningún regidor setone la molestia de hacer que se cumplan las ordenanzas de policía urbana.

Sin resolverse después de cuatro años de expediente, la edificación en los solares resultantes del derribo de una gran parte del Hospital general y sin abrirse la prolongación de la calle de Santa Isabel hasta la ronda de Atocha.

A nosotros nos parece que la respuesta á todo esto se halla en la falta de dinero que aqueja al ayuntamiento de Madrid.

Bien se conoce que el autor de las anteriores líneas transita con mayor frecuencia los barrios del Sur de Madrid que por los barrios y afueras del Norte de esta capital. Y sino, observe cómo en la misma columna del periódico en donde se hacen las denuncias anteriores, se inserta un suelto anunciando lo muy adelantadas que están ya las obras de nivelación de los terrenos fuera de la puerta de Santa Bárbara y caminos de la Castellana y Chamberí.

En la terminación y adorno de aquellos aristocráticos paseos es, acaso, en lo que únicamente tienen fija su atención nuestros celosos concejales.

Leemos en un periódico:

«Siendo la moneda de cobre la que más circula ahora en el comercio y la única que no ofrece peligro de que se la lleve á otro país los especuladores, convendría mucho, si se quiere suplir en parte con ella la falta de plata y oro, que el gobierno recogiera el sin número de onerosos morunos que han inundado la población, para acuarlos, reduciéndolos á piezas de su peso respectivo de 20 rs. en los referidos ochavos debe resultar 34 en moneda decimal, es decir, que podría aumentarse en una tercera parte nuestro numerario de cañerilla.»

## CORTES.

### CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RÍOS Y ROSAS.

Extracto oficial de la sesión celebrada el día 23 de Febrero de 1866.

Abierta á las dos, se leyó y fué aprobada el acta de la sesión anterior.

ÓRDEN DEL DÍA.

Incompatibilidades.

Sin discusión se declararon compatibles con la diputación los empleos que ejercen los Sres. Ríos Rosas, Lorenzana, Lafuente, Ardanaz, Escario, Auriolles, Unagón, Gener y Elduayen.

Igualmente se aprobó no haber lugar á deliberar sobre el caso del Sr. Serrano Bedoya por haber renunciado la diputación.

Contestación al discurso de la Corona.

Continuando la discusión de la totalidad del dictamen de la comisión

El Sr. FIGUEROLA habló de la cuestión de Chile y de la de Italia, y prosiguió diciendo:

Voy á tratar de la política interior. Cuando asistí yo á la sesión Régia de apertura, me admiré de la frialdad glacial que reinaba. Veía á una señora doliente por su estado y con voz temblorosa leer el discurso; veía á un hombre notable por su seriedad, decir balbuciente que se abría la legislación en voz de la legislatura, y recordaba que es tan original la costumbre de desahucarse la lengua á ese parsonaje, que queriendo en una ocasión decir á los melancólicos nacionales: «yo os dirigiré», les dijo: «yo os destruiré», y así se realizó. Me asaltaban, pues, en aquel día temores de que las equivocaciones de esa lengua fuesen pronósticos, y detrás de la legislativa pudiese venir la constituyente.

Todos participábamos además de la agitación general, porque no vemos luz en el horizonte, porque no vemos luz por ningún camino, porque en medio del día andamos en tinieblas caliginosas, porque, en fin, estamos como suele decirse, en un callejón sin salida; y yo verdaderamente compadezco á los ministros actuales y á los que pronto les sucederán. La Hacienda está perdida, el trabajo y la agricultura muertos, las laves barreadas, el estado de sitio imperando en vez de la ley. La causa de todo esto es la que era objeto de nuestra enmienda, que retiramos por cortesía, en obsequio de la del Sr. Moyano. La causa es que no se cumplen las condiciones del Gobierno representativo. Las leyes de España hace muchos años se están cumpliendo de mala fe: no hay sinceridad en el cumplimiento del régimen representativo. La conspiración contra la libertad tiene sus raíces en el mismo regío alcazar.

El Sr. PRESIDENTE: Señor diputado, sírvase V. S., conociendo la gravedad de las palabras que ha pronunciado, explicarlas como convenga al respeto é inviolabilidad del Trono.

El Sr. FIGUEROLA: Señor presidente, voy á cumplir el precepto de V. S., y para cumplir mejor voy á V. S. que se sirva disponer que un señor secretario lea los artículos 42 y 49 de la Constitución de la Monarquía.

El Sr. PRESIDENTE: Señor secretario, sírvase V. S. leer los artículos citados por el señor Figuerola.

El Sr. SECRETARIO (marqués de Torreblanca): Dicen así:

Art. 42. «La persona del Rey es sagrada é inviolable, y no está sujeta á responsabilidad. Son responsables los ministros.

Art. 49. «La Reina legítima de las Españas es doña Isabel II de Borbon.»

El Sr. FIGUEROLA: Pues bien, señor presidente, deseando cumplir el precepto de V. S. y comprendiendo los altos deberes que tiene desde ese sitio, debo declarar muy leal, muy sinceramente, que yo sé cumplir lo que se consigna en esos artículos.

Yo no he de decir una palabra, absolutamente una, que se dirija á lo que la Constitución manda respetar, y debemos respetar, y yo respetaré, no sólo porque la Constitución lo manda, sino porque soy caballero y persona decente, y no sé faltar á una dama. Y por ello he de decir una expresión en todo lo que voy á indicar, en que pueda faltar al decoro; al respeto que todos debemos al primer poder del Estado; pero el señor presidente se servirá tener en cuenta una idea de un antiguo dramático español, que yo voy á cumplir: del Rey abajo ninguno excepta á la censura inviolable del diputado. Yo voy á hablar sobre el Rey consorte, y voy á manifestar, que si es el primer súbdito de la Reina, es el primero que debe dar ejemplo para cumplir leal y sinceramente las instituciones representativas.

Señores, yo tengo la convicción profunda; digo más, creo que participáis todos vosotros de la convicción profunda que me asiste....

El Sr. PRESIDENTE: Sírvase S. S. esperar un momento, Sr. Figuerola; un señor secretario va á leer el artículo de la Constitución, que dice que el Rey consorte no tiene parte alguna en la gobernación del Estado.

El Sr. FIGUEROLA: Lo tengo muy presente, y voy, si V. S. me lo permite, á explicar cómo entiendo yo constitucionalmente la condición de los Príncipes consortes.

El Sr. PRESIDENTE: Se servirá V. S. oír la lectura del artículo, y después hará V. S. los comentarios que guste.

El Sr. SECRETARIO (Romero y Robledo): Dice así: Art. 55. «Cuando reine una hembra su marido no tendrá parte alguna en el Gobierno del Reino.»

El Sr. FIGUEROLA: Eso dice el precepto constitucional; pues por desgracia, señores, entre el alto poder irresponsable del Estado y los poderes responsables que aquí se sientan ha habido una serie de hechos tan desoladores, tan de relieve, que indican la existencia irresponsable.

El señor ministro de la GOBERNACION: Pido la palabra para demostrar la inexactitud de los hechos que asienta el señor diputado.

El Sr. PRESIDENTE: Ruego á S. S., Sr. Figuerola, que tenga en consideración los respetos debidos al Trono. V. S. ha reconocido la inviolabilidad y la irresponsabilidad de la persona de la Reina; acaba S. S. de oír la lectura del artículo de la Constitución, que prescribe que el marido de S. M. la Reina no tenga parte alguna en el Gobierno de S. M.; y no teniendo, como no la tiene, no se puede argüir de responsabilidad á la persona del Rey consorte cuando no tiene parte alguna en el Gobierno del Estado. Aparte estas consideraciones, puramente constitucionales, V. S., en su experiencia, en su moderación, en su buen juicio, en su responsabilidad representando en ese puesto un partido político legal y constitucional, sabrá apreciar las observaciones que hasta ahora le ha hecho el presidente, y que se reserva hacerle en lo sucesivo, sintiendo mucho tener que interrumpir á V. S. en el curso de su paración, contra su deseo, contra su costumbre y contra su sistema. Sírvase V. S. continuar.

El Sr. FIGUEROLA: Respeto mucho cuanto acaba de manifestarme V. S. desde ese sitio; y lo respeto, no sólo por la autoridad que le da el puesto que ocupa, sino por la autoridad del gran tribuno que tiene aquí tan magníficos tradiciones y en cuya escuela he procurado educarme, y no he de faltar yo á esos respetos; pero como V. S. ha dispuesto que se lea un artículo de la Constitución, yo he de hacer presente á V. S. en la breve digresión que voy á hacer, cómo no faltó á ninguna de las prescripciones de la ley.

El Sr. PRESIDENTE: Perdón V. S.: V. S. ha invocado mi ejemplo; con lo cual le quedo muy reconocido, y me parece además que ha contraído V. S. el deber moral de seguirle: si V. S. recuerda las más ardientes peroraciones que he tenido el honor de pronunciar en esta Cámara, recordará también que nunca he llegado á lo alto, nunca; debo recordar á V. S. también otros ejemplos de hombres que nunca han llegado á lo alto, y que no son de la comunión política.

en que yo he militado: creo que esos ejemplos son para seguidos.

Pero de todos modos, debe tener V. S. muy presente cuán grave es nombrar en este sitio á una alta persona, tratando de discutirla directamente, y si es lícito moralmente hacer todo aquello que no está expresamente prohibido por el Código constitucional: hay ciertas leyes, ciertas condiciones que no están en ninguno, y que prohíben lo que es, no diré moralmente imposible, pero parlamentariamente imposible: creo que S. S. aspira á un imposible parlamentario, y esto no puede ser, y no será. (Bien, bien.)

El Sr. FIGUEROLA: Yo cumpliré el precepto del señor Presidente; sin embargo, debo decir anticipadamente las cosas, para que se vea cuánta es mi deferencia al señor Presidente, y cuán puras y cuán nobles son mis intenciones. La Constitución dice que el Príncipe consorte no tomará parte en la gobernación del Estado.

El Sr. PRESIDENTE: V. S. tiene entera libertad para examinar todas las influencias extralegales que crea ha existido ó existan entre la Reina y los poderes responsables; pero no tiene derecho para discutir de cierto modo altas personas.

El Sr. FIGUEROLA: Pues voy á obedecer al señor Presidente. Hace 21 años fué declarada mayor de edad la Reina. Hace 21 años que el partido progresista no ha llegado pacíficamente al poder. ¿Creeis que en ese tiempo no se ha presentado ocasión? Es que hay influencias extralegales que se interponen entre la Reina y el ministerio. En 1848 gobernaba el país el ministerio Narvaez. El partido moderado había otorgado á la nación con el sistema tributario, la organización de la Guardia civil y la ley de enseñanza. Llegó un momento terrible y el ministerio Narvaez dio pruebas de una energía que yo calificaría duramente en otra ocasión. Este ministerio trataba de realizar el bien del país con los medios propios de los principios moderados. Sin embargo, llegó un día en que apareció un ministerio llamado el ministerio relampago. Era que el ministerio Narvaez no satisfacía aun las ideas autocráticas. Ese ministerio relampago fué la creación de ese poder que existe entre el irresponsable y los responsables.

Otro suceso empuja los ánimos hace mucho tiempo. Una mujer, cuyo nombre debían repetir los ecos del claustro y morir dentro de ellos, ha ocupado la atención de la sociedad. Yo no haré sino recordar que recayó sobre ella una sentencia ejecutoria, la cual no se está cumpliendo; y lejos de eso, ¿sabéis lo que producen las ideas, las venidas, las fundaciones con que se da importancia á esa mujer? El vilipendio de la justicia. ¿Os pasaríais con una persona que, aunque fuese buena, tuviese el calificativo judicial de mala? Pues hoy pasa eso: la alta institución de los tribunales está escarnecida, mientras se encumbra á esa mujer.

Otro hecho. El marqués de Miraflores ocupaba la presidencia del Consejo, y entre las ideas de este personaje se le ocurrió una, que fué calificada con ligereza; era la reforma de la etiqueta de Palacio. En esto se encierra el problema de la educación de los Príncipes. En el ritual de la etiqueta, todavía de la casa de Austria, ¿qué ideas penetrarán en el ánimo de un niño que se ve tratado como si fuera Dios, y que al acompañarle por las noches se le alumbra como al Santísimo Sacramento? Pues bien, el Sr. Tajada, uno de los individuos nombrados para la comisión de reforma, por haber querido cambiar esta etiqueta, es mirado desde entonces como sospechoso de demagogia. También se proponía por la comisión el borrar de la etiqueta la costumbre, indigna de nosotros, de que se doblase la rodilla y se besase la mano. Esto se proponía por D. Manuel Cortina. ¿Por qué no se han hecho esas reformas? Porque hay una influencia constante entre el poder irresponsable y los poderes responsables que enerva, alarga, mata la vida social española.

Hace poco tiempo el crédito español se cotizaba á 54 por 100; nuestra situación rentística no era completamente desahogada; pero cuando hoy se cotiza á 37, podemos decir que entonces estábamos bien. Se había presentado para matar la Deuda flotante un proyecto de ley de 1,300 millones en céntimos hipotecarios, y otro de emisión de títulos por valor de 600 millones. Se tenía gran confianza en aquellos billetes, y el ministro de Hacienda, ¿qué direis que discurría? No, no de las céntimas, que sería á la par, sino del papel consolidado que iba á emitirse. La casa de Rothschild ofreció el 51 1/2, el ministerio no quería bajar los 53. ¿Por qué las céntimas se han colocado á 85 y los títulos á 41? Por la existencia de ese poder intermedio entre el irresponsable y los responsables.

Había en el extranjero un importante personaje de España, el cual parece que había prometido no venir. La prensa empuñada á que no vendría no se cumplió con motivo de cierta solemnidad. ¿Sabéis la consecuencia? Que tuvimos que emitir á 41 los títulos y á 53 los billetes hipotecarios.

Ahora voy á deducir algunas consecuencias. La existencia de lo que un ilustre repúblico llamaba obstáculos tradicionales, y que yo llamo obstáculos actuales; la existencia de esos parásitos que roen el Trono y pueden, más que nada, producir un desastre, ha dado origen á un militarismo constante que hace que un país que no es militar por excelencia, tenga siempre un militar á la cabeza del Gobierno. Espartaco es sustituido por Narvaez durante 10 años, y luego por O'Donnell; y luego O'Donnell y Narvaez se sustituyen mutuamente, dejando á Espartaco para un caso extremo, que puede venir, y en el cual tal vez no sirva para nada.

En la vida política hay un partido que es representante del principio de autoridad, y otro que representa el de libertad. El principio de autoridad es muy respetable; pero si es verdad que sin orden no hay libertad, también lo es que sin libertad no puede haber orden. El partido moderado y su hijo bastardo la Unión liberal ¿sabéis qué mal padecen? El que anuncia el ministerio relampago. El partido moderado ha tenido el poder durante 21 años, y la vida disuelta por el agua régia de esos cortesanos que ejercen la influencia entre el poder irresponsable y los poderes responsables.

La mayoría de los ministros moderados no dudo que habrán ido al poder inspirados del amor á la patria. ¿Por qué han sido estériles sus esfuerzos? Lo sabremos algún día, cuando cada uno de ellos escriba sus Memorias, y veamos que ha gastado las fuerzas de su liberalismo en servir de dique para que no se vayan más atrás y como el servir de dique gasta, de aquí gastamos el continuo de los ministerios á los embates y trabajos incansables de la kábala jesuítica.

Esta debilidad orgánica de los ministerios la manifestaba el otro día el señor ministro de Hacienda, diciendo desde 1864 á 1865 ha habido nueve ministros de



El señor ministro de la GOBERNACION: Estaba lejos de creer que tendría necesidad de hablar hoy. Estaba ocupado en otro lugar en asuntos de interés, no he asistido a las sesiones anteriores. Un motivo doloroso, sin embargo, me obliga a levantarme, porque si cualquiera de vosotros hubiera pronunciado las frases del Sr. Figuerola, me hubiera sido muy sensible, pero más he sentido oír en S. S. con cuya amistad me honro.

Cuando un hombre tiene elocuencia propia, si quiere imitar la ajena, no corresponde a lo que el público espera. Esto ha pasado al Sr. Figuerola. Cuando trataba S. S. la cuestión exterior, decía yo para mí: este es el Sr. Figuerola; este es el catedrático y el filósofo; pero cómo ha descendido S. S. cuando ha querido imitar escenas que en otros tiempos hemos presenciado. No podrá menos de reconocer, cuando reflexione fríamente, que su conducta hoy no estaba conforme con sus sentimientos ni con sus principios. Oí una frase que suscitó algunos murmullos, y dije a mis amigos: no creo que pueda ser esta el proyecto del señor Figuerola. S. S. declaró que no lo era; pero, ¿qué importa eso cuando las circunstancias ponen a su señor en el caso de hacer un papel diverso del que debía representar?

¿No sabe S. S. que no es lícito traer aquí la persona de un particular, y menos la de un alto personaje, sino con grandes pruebas y datos? La inviolabilidad de un diputado, ¿no tiene límites morales?

Señores, el partido progresista, que parece respecto de ciertas cosas increíble, es en otras el más crédulo del mundo, el que más escucha y se cree de patrañas, paradojas y consejas. Yo he sido ministro seis años y declaro que nunca, en ninguna ocasión, he hallado ninguno de esos cuerpos intermedios del que habla el Sr. Figuerola. Basta al Congreso examinar las pruebas que S. S. ha presentado de esas influencias, y comprenderá que no tienen fundamento ninguno. ¿Qué necesidad hay de apelar a causas misteriosas para explicar la situación del partido progresista? Pues que, el partido progresista siempre que ha tenido el poder en sus manos ¿no ha sido el que si propio se ha destruido? ¿A qué buscar causas secretas cuando todo el mundo ha visto que ni sabe gerenciar la república de España? ¿Por qué se destruyó en 1843 la revolución de Alarcón? ¿Por qué tornó a dividirse cuando la de Galicia, y luego en la de 1848? ¿Extraña el Sr. Figuerola que 21 años haya estado el partido progresista fuera del poder? Pues 45 años estuvo alejado del Gobierno el partido toro en Inglaterra, y nadie atribuyó a manejos de influencias extralegales este alejamiento.

Las causas de las crisis que hemos tenido en estos últimos tiempos son también conocidas. ¿Desconoce nadie las crisis producidas por una votación del Senado contra el ministerio Miraflores; después la del ministerio Mon; después la del Gabinete Arzola; y por último, la del ministerio Narvaiz? Yo, cuando ha salido del ministerio, puedo decir que he salido sin que en ello tuviera parte ese poder misterioso del que habla S. S.; y respecto de la indicación que ha hecho el Sr. Figuerola, debo decir a S. S. con la autoridad del señor ministro de Ultramar, que entonces era ministro con el Sr. Mon, que no había compromisos de personas determinadas, ni nada de lo que ha dicho su señoría que fue causa de la salida de aquel Gabinete.

Y S. S. un distinguido estadista, ¿no conoce las causas que han hecho disminuir nuestro crédito? Ni yo hablaré de otras influencias a que ha aludido S. S., porque respecto de ellas ya he dicho mi última palabra. No tiene nada que ver con la gobernación del Estado. No son más que una de tantas patrañas con que los jefes del partido progresista suelen alucinar a sus correligionarios.

Por lo demás S. S. debe saber que han venido aquí de presidio, donde han estado por motivos políticos muchas personas, y se han gloriado de eso y aun han recibido cruces y premios. No hay, pues, que extrañar, que una persona que sufrió una condena por hechos que tenían un objeto político, esté indultado. Y cuidado que yo no digo por esto que crea en agüeros ni hechicerías, ni apruebo que otros crean.

Ha hablado después S. S. de la alquema de Palacio. ¿Cree S. S. que con arrojarse ya somos felices? Yo respeto mucho la opinión de esos caballeros que su señoría ha citado, pero sea de eso lo que quiera, su señoría no procura educar a sus hijos en la forma correspondiente a la posición en que se encuentra? Yo creo que para dar una buena educación no es necesario hacer pasar a los jóvenes por todas las clases de la sociedad; al contrario, creo que se debe inspirar a cada uno los sentimientos que debe tener según su posición social. Se gobierna mejor cuando se ha nacido y educado con sentimientos y condiciones propias para ello.

¿Y a qué propósito enlazaba S. S. esa cuestión con la del militarismo? Los responsables del militarismo son los amigos de S. S. Si no hubiera hombres de profesión revolucionaria, no buscarían los hombres pacíficos y honrados el apoyo de la fuerza armada. ¿Que tiene de extraño, por otra parte, que el militarismo tenga en España cierta importancia? ¿A quién ha debido el sistema constitucional su resurrección en 1820 sino a los militares? ¿A quién el triunfo de la libertad en la guerra civil?

En los períodos de influencias extralegales, en tiempo de los Gobiernos absolutos, no se iba a basar car instrumentos en los que vestían el uniforme militar. Si ahora hubiera esas influencias, sería posible un Lozano de Torres, y ese sustituiría al general Espartero, al duque de Valencia y al duque de Tetuán.

Esas influencias no existen, y por eso los dignísimos jefes de los partidos son llamados alternativamente a la gobernación del Estado; pero S. S. que enlazaba esas influencias con la situación de los elementos conservadores del país, ¿cómo es que pasa al lado de las causas de nuestro Estado, sin verlas, a pesar de su claro talento? La perturbación de los elementos conservadores es la causa de los obstáculos que encuentra nuestra administración.

Pero dejando aparte esto de las causas misteriosas, que sólo existen en la imaginación de S. S. de sus antiguos amigos políticos, voy a decir algo de la cuestión de política exterior. S. S. ha elevado tanto esta cuestión que ha llegado hasta sacarla de su terreno, porque aquí no se trata del poder temporal del Papa, como Príncipe superior a todos los de la tierra, sino de si ha de dejarse un Estado donde pueda ejercer con independencia su poder espiritual. Siendo esta la cuestión, cuando ha dicho el Sr. Figuerola es extraño a ella. ¿Quién dice que el poder temporal es condición indispensable para la existencia del Catolicismo? Nadie; lo que se dice es que es conveniente para el ejercicio del poder espiritual, no que sea una condición inherente a la vida del catolicismo.

El Sr. Figuerola, sacando partido de una equivocación del señor presidente del Consejo (que yo no recuerdo) al abrir las Cámaras, dice que S. S. anunció que quedaba abierta la legislación de 1865 a 66, y que lema el Sr. Figuerola que dentro de poco se abriría la constituyente. Yo preguntaría a S. S., ¿tendrá el Sr. Figuerola que venga esa constituyente, ó más es temer de una esperanza de S. S. Si lo primero, yo le compadeczo a S. S., porque teme a sus amigos; si lo segundo, porque alimenta una ilusión engañosa. El Gobierno abraza la convicción de que no estamos en un callejón sin salida, y cree que S. S. ha confundido la situación del Gobierno con la de sus antiguos amigos políticos, a quienes su impotencia les ha colocado en el callejón de que nos hablaba el señor Figuerola.

El Sr. FIGUEROLA: Al ver el brio con que empezó a contestarme el señor ministro, tenía que me anonadase; pero después he visto que todo mi discurso ha quedado en pie.

Yo no he atacado a ningún partido, he explicado la situación de todos, y no sé por qué el señor ministro de la Gobernación, en vez de contestarme si era equivocada mi apreciación en este punto, se ha puesto a dirigir lanzas contra los jefes del partido progresista. S. S. nos ha hablado de patrañas del partido progresista. La frase es dura. Al decir esto S. S., más que al partido progresista acusa a su compañero el señor ministro de Ultramar, que en un célebre docu-

mento decía que había camarillas que daban al trazo y al autor de los artículos *La Clave*, *Medicinas*, *Misterios* y otros por el estilo, que los entendidos en la lengua castellana dicen que parecen han salido de la pluma del Sr. Lorenzana.

S. S. ha dicho también que el partido progresista no sabe gobernar. Acusación es esta que se le hace muy frecuentemente; pero yo os diré que la Unión liberal ha vivido cinco años gastando los recursos que el partido progresista le había proporcionado.

También el señor ministro, refiriéndose al partido progresista, ha usado las palabras *presidio* y *crucos*. Dice cuanto puede para oponerme, que aquella de las cruces fuera ley; pero muchos de los que estuvieron en presidio y ahora llevan cruces se encuentran al lado de S. S.

Dice el señor ministro que el partido progresista sólo quiere subir al poder por medio de las conspiraciones; ¿pero a quién que puede entrar por la puerta se le ocurre entrar por la ventana?

En cuanto a la cuestión del poder temporal del Papa, el señor ministro ha dicho poco más ó menos que yo tengo razón; pues si la tengo, ¿por qué el Gobierno que puso en libros de S. M. ciertas frases no ha mantenido las mismas ahora, y habla de la conveniencia del poder temporal? ¿Qué quiere decir esto? El poder temporal es un derecho ó no lo es, y no hay para qué hablar de su conveniencia, que ya no puede sostenerse casi, porque el poder temporal toca a su término, no existe ya sino en la forma, y no tardará mucho, mediante Dios, en haber desaparecido por completo.

El señor ministro de la GOBERNACION: Señores, siempre que se levanta un orador a replicar, es ya costumbre que diga que no se ha contestado a su discurso; yo perdono, pues, al Sr. Figuerola que lo diga; pero la verdad es, que si no he contestado a algunos epigramas de su discurso, al fondo he contestado, porque yo he manifestado que las causas de la situación política por que atravesamos no eran las que S. S. indicaba, sino la falta de los elementos conservadores estuvieran suficientemente agrupados, y la conducta de los partidos.

Que algunos amigos míos han escrito de cierto modo, ¿y qué me importa a mí eso? ¿He de pensar yo en todo como esos amigos?

Que nosotros en cinco años hemos aprovechado ciertos recursos, es verdad; pero los hemos invertido de un modo fructífero para el país, y no sé de dónde saca el Sr. Figuerola que esos recursos nos los han dado S. S. y sus amigos, porque la verdad es que la ley de desamortización, lo mismo que la hicieron sus señorías, la pudimos hacer nosotros. ¿Era acaso progresista Campomanes y Jovellanos, que fueron los primeros que nos indicaron el pensamiento desamortizador?

Me pregunta el Sr. Figuerola que por qué hemos cedido en la cuestión de Italia. Pues es muy sencillo: porque el mensaje dice méhos de lo que decía el Gobierno, y se limita a hacer resaltar una de las dos ideas que el Gobierno puso en libros de S. M., y que por lo tanto estaba en la mente de este.

S. S. ha querido aprovecharse de una expresión con que yo calificué el poder temporal del Papa; pero yo no podía usar aquí de los términos canónicos, y por eso, en vez de decir *necesario absoluto y necesario secundum quid*, dije, *absolutamente necesario y conveniente*; pero entendiendo, señores, que al decir *conveniente*, mi ánimo era expresar la misma idea que si dijera *necesario secundum quid*.

El señor ministro de ULTRAMAR: Diré muy pocas palabras, porque tal vez tenga que hablar otra vez en este debate para tratar la cuestión que incidentalmente ha traído aquí el Sr. Figuerola.

S. S. me ha imputado un documento que no lleva mi firma, y del que no soy responsable, según lo he declarado ante las Cortes Constituyentes; y si S. S. quiere que por esto venga a tratar de lo que sucedió en 1854, y la parte que cada uno de nosotros pudo tener en aquellos sucesos, yo le diré que no estoy en ánimo de hacerlo, porque como tema de historia, único modo de que hoy pueda tratarse, no se puede discutir incidentalmente.

Me limito, pues, a decir que yo no puedo aceptar la responsabilidad de ese documento; pero que cuando se hablaba en él de *influencias extralegales*, yo se hacía referencia a ninguna persona que esté hoy dentro del remo; esto sin que yo discuta en este momento ni la idea, ni la preocupación si se quiere, de si había ó no fundamento para calificar esas influencias.

Por último, diré que ni en aquel documento ni en aquellos sucesos tomaron parte personas que, como funcionarios públicos, cobraban un sueldo del Estado y vinieran después, por medio de alusiones representativas, a atacar los altos poderes del mismo.

El señor conde de SAN LUIS: Pido la palabra para defender a un ausente.

El Sr. FIGUEROLA: No comprando la ira con que me ha tratado el señor ministro de Ultramar, porque todo se revuelve contra el señor ministro de la Gobernación. ¿Acaso he tratado yo de discutir esos acontecimientos en la parte que en ellos pudo tomar S. S.? No; el Sr. Posada Herrera ha sido el que ha querido ensañarse contra los jefes del partido progresista, diciendo que publicaban patrañas, y ha ocasionado el que viniera a mi memoria ese documento.

En cuanto a lo que he dicho del documento, yo no he atribuido a S. S. su responsabilidad, sino su parte literaria. Pero S. S. ha dicho una cosa muy grave: ha dicho que esas frases se referían a personas que no están en España, y hay algo de poco halagoso y caballeresco al pronunciarlas contra personas que no pueden defenderse.

Por último, yo no he atacado los altos poderes del Estado; yo no hablo con solapa; he cumplido lo que he ofrecido respecto del alto poder irresponsable del Estado, y he dirigido mis tiros adonde debía. Su señoría ha dicho que cobraba un sueldo, y venía aquí a atacar ciertas cosas. Ese sueldo le cobro muy honradamente, y he llegado a él por la puerta grande de la oposición, concediéndome su voto el Sr. Posada Herrera; pero si supiera que eso podía ligarme en lo más íntimo, prescindiría de esos miserables maravedises, para no tener que sufrir que ni S. S. ni nadie creyera que podía imponerse.

El señor ministro de ULTRAMAR: El Congreso ha visto la manera con que yo me he referido a ciertas palabras citadas hoy por el Sr. Figuerola, que podían tener relación con personas que no están dentro del reino. He dicho que no quería discutir si era exacto el fundamento de la idea representada en aquellas palabras; no he tratado de mantener su justicia, y he procedido con la moderación que podía exigirse de un ministro y un caballero. Pero ¿para qué caliar que entonces había la creencia, fundada ó no, de que existían ciertas influencias, contra las que se pronunciaba la opinión?

Si esto fuera aceptable, ¿qué podría decirse de su señoría, que ha hablado de ciertos altos personajes, a quienes ha hecho alusiones que ha negado después, y que prueban que S. S. no tiene el valor que debería de sus opiniones? Esas alusiones, ó no se hacen, ó no se niegan cuando una vez se han hecho.

Pero yo no necesito de esto para defender palabras que no han menester justificación. Lo que debo decir es que S. S. ha hablado de caballerismo y de hidalguía refiriéndose a mí persona, y que dejó a S. S. el que explique en qué sentido ha pronunciado esas palabras sin interponer la autoridad del señor presidente, para quedar yo árbitro de calificar la satisfacción que pueda dar S. S.

El Sr. FIGUEROLA: No me duelen prendas; he dicho que la causa de este suceso era el señor ministro de la Gobernación. Dejo a salvo el caballerismo y la hidalguía del Sr. Cánovas, y no me he referido ni me he quejado sino de la ira de S. S. Esas palabras las he pronunciado porque las de S. S. hicieron nacer en mi mente la idea de una persona, no sólo ausente, sino de distinto sexo, contra la cual no me parecía prudente que se dijera nada.

El señor conde de SAN LUIS: Señor presidente, he pedido la palabra para defender a un ausente.

El Sr. PRESIDENTE: El presidente interviene en los debates cuando lo exige el régimen de la discusión,

el decoro del Congreso ó el de los diputados, ó otras personas que aquí se sientan ó que han terciado en el debate. El decoro del Congreso y el de aquellas determinadas personas no ha sido lastimado, y el presidente, por lo tanto, no ha tenido para qué intervenir en el debate.

El señor conde de San Luis ha pedido ahora la palabra en defensa de un ausente, y para aconsejarse al Presidente tendría necesidad de consultar antes al Congreso. El señor conde de San Luis ha de usar en el fondo del debate. Ocupa el tercer turno; un turno se ha consumido ya. Creo, pues, que con el derecho que le asiste, y que ha de usar, si no en esta sesión, en la que le corresponde, podrá defender cumplidamente a las determinadas personas que hayan sido aludidas y podrá hacerlo con más amplitud y libertad dentro del régimen regular de la discusión.

Creo que S. S. comprenderá las razones que me han movido a dirigir esta observación, cuya oportunidad dejó a la consideración de S. S. (Bien, muy bien.)

El señor conde de SAN LUIS: Si el Sr. Presidente me permite hablar, le diré que no entra en el plan de mi discurso el tratar de la cuestión que el señor ministro de Ultramar ha suscitado esta tarde. Si el señor Presidente quiere contribuir a mi propósito y al propósito que ha manifestado también el señor ministro de Ultramar, de que no se traiga aquí debates estériles é inútiles, yo ruego al Sr. Presidente que se sirva hacer con su superior talento algo parecido a lo que S. S. ha sabido hacer en la sesión de hoy respecto de otras personas á quienes se empezó a aludir, y entonces yo interpondré y autoridad del Sr. Presidente. Si no, invoco el reglamento y pido al Congreso que me autorice para defender a un ausente.

El Sr. PRESIDENTE: Ha aludido el señor conde de San Luis a un incidente ocurrido al principio de la sesión; yo debo recordarle, y lo hago con sentimiento, porque no quisiera suscitar semejante recuerdo, pero con absoluta necesidad, que el orador que estaba en el uso de la palabra nombró a una augusta persona y manifestó en seguida que iba a ocuparse de ella, que iba a discutir su conducta política. ¿Ha habido algo parecido a esto en el incidente que acaba de ocurrir? Podrá haberse aludido a alguna persona determinada; ¿pero se ha tratado de discutirla? ¿Se ha tratado de censurarla?

Si el señor conde de San Luis reconoce, como no podrá menos de reconocer, que no ha habido nada de esto, reconocerá también en su rectitud, en su espíritu de moderación y de buena fe, que a juicio del presidente y del Congreso y aun del Gobierno mismo, á quien puede considerarse, si no colectiva, individualmente interesado en esta cuestión, no se ha tocado en nada el decoro ni á la dignidad de una augusta determinada persona. Y habiendo sido así, dejó á la prudencia del Congreso que juzgue si esa determinada persona no ha quedado en el lugar que merece con las explicaciones que se han dado.

El señor conde de SAN LUIS: Si V. S., tan competente en materia de honor, cree que una augusta persona á quien se ha podido aludir no ha sido herida en lo más íntimo, y yo no tengo nada que decir, y no insistir, ni quiero ejercer un derecho, que si bien sería grave, por otra parte me sería altamente satisfactorio, y me inclino, como he dicho, ante la autoridad superior de V. S.

El Sr. PRESIDENTE: Indudablemente creo, como sin duda lo cree el Gobierno de S. M., que el honor y la dignidad de la augusta persona á que se ha aludido están completamente a salvo, y no han sido objeto de agresión por parte de nadie.

Queda por lo tanto terminado este incidente.

Tiene la palabra, como de la comisión, el señor Casanueva.

El Sr. CASANUEVA: Señores, con tan negros colores nos ha presentado el Sr. Figuerola la situación del país, que yo, que no lo tengo tan buena como sería de desear, no creo que sea, sin embargo, tan lamentable como S. S. la ha pintado. Como ha dicho muy bien el señor ministro de la Gobernación, S. S. juzga la situación del país entero por la de su partido, que se encuentra seguramente en una muy difícil de la que no sabe cómo salir, y trata de distraer la atención pública haciendo exagerados cargos á los demás partidos. S. S. habla de paralización del comercio, de la industria sin trabajo, de militarismo exagerado, de invasión, de una kábala jesuítica, de leyes barreadas, y de otras mil cosas que mira como causas del estado en que se encuentra el país.

S. S. iba tan lejos en este camino, que hasta buscaba motivos de cierto género en cuestiones de alta importancia, y si quisiera, se me ocurriría que no faltaría quien quisiera ver en todo esto un memorial á su partido para que le dé su representación en esta Cámara.

¿No comprende S. S. que toda la perturbación que existe en el país, la producen los partidos que se han colocado fuera de las condiciones legales? ¿Por qué no ha demostrado S. S. que el orden público no puede alterarse; que es infundado suponer que hay partidos que conspiran, y que estamos en un estado normal en que puede tratarse del fomento de todos los intereses del país sin consideraciones al resolver sobre ellos, y circunstancia alguna del momento?

Me extraña que S. S. nos indicara como causas de nuestra situación las que el Congreso ha oído, cuando al separarse del partido progresista publicaba un manifiesto en que decía: «La revolución no es programa de ningún Gobierno, ni lema de ningún partido, porque nadie allega sucesos, ni forma opiniones, ni merece aplauso, aterrando los ánimos, haciendo escender los capitales ó paralizándolos el trabajo.»

Esto es lo que el Sr. Figuerola decía a sus amigos; y porque causaban esa perturbación, se separaba de ellos cumpliendo un gran deber de hombre de honor y de conciencia.

¿Por qué, pues, S. S. que nos señaló entonces esa causa, hoy, queriendo encontrar misterios en todo, la halla en ese poder intermediario que no existe sino en la imaginación de S. S. y de sus antiguos amigos? Lo cierto es que hoy se excitan instintos peligrosos de las masas, y que mientras haya partidos que hagan alarde de no doblar su cerviz ante la ley fundamental del Estado, y que no hagan misterio de desafección hacia altas instituciones, el Gobierno no puede menos de prepararse siempre para resistir las perturbaciones profundas con que se nos amenaza. En la situación que esos partidos han creado hay que buscar la explicación de mucho de lo que el Sr. Figuerola lamenta. Y cuenta, señores, que yo bien sé que ese partido tiene motivos legítimos de queja; pero no subsisten con la extensión que quiere atribuirse, y sobre todo, si ningún motivo tuviera su retraimiento, no habría mérito ninguno en abandonarle en aras del bien del país.

Los partidos medios como la Unión liberal se ven siempre combatidos por los extremos, y eso sucede hoy con el progresista, que da aquí una mano al partido moderado con quien quiere establecer el turno pacífico del poder, si es que ratifica las indicaciones del Sr. Figuerola.

Pero aparte de todas estas acusaciones genéricas, ha habido una cuestión á la que S. S. ha manifestado un celo especial: la cuestión de Italia. Sobre este punto debo yo también dar algunas explicaciones.

Creo, señores, que hay muy pocas personas en España que no simpatice cordialmente con la independencia de Italia: *Italia para los Italianos*; ningún poder extranjero puede ni debe mantenerse allí.

Tampoco creo que hay ningún liberal que no vea en Italia, con viva y cordial satisfacción, Gobiernos representativos; pero, ¿por qué razón hemos de ser todos unitarios? Esto podrá ser muy opinable, y por consiguiente, esto ya no se puede amalgamar con las ideas liberales y ser una consecuencia precisa de ellas, como pretende S. S.

La comisión ha cometido á los ojos de S. S. un gravísimo pecado. El Gobierno hablaba de que había de mirar España por el sostenimiento de los derechos de la Santa Sede, y la comisión ha calificado estos derechos, y ha dicho que habían de ser los temporales; pero si el Gobierno antes había hablado de su adhesión al Papa como de los fieles, ¿qué duda cabe de que esos derechos de que hablaba luego eran los de-

rechos temporales? Los partidos además, tienen sus antecedentes y sus tradiciones; y cuando un ministro de Unión liberal decía que miraría por los derechos de la Santa Sede, ¿cómo no había de referirse á derechos temporales?

La comisión, pues, no ha sido hostil al Gobierno, al especificar de qué derechos se trataba; antes bien ha querido evitar las dudas á que había dado lugar el párrafo del discurso de la Corona para las imaginaciones cavilosas, y lo ha hecho inspirándose en las mismas ideas del Gobierno y en los documentos oficiales relativos á esta cuestión.

Pero S. S., entrando ya en el exámen de ella, nos ha hablado de dulcines y de jeremías en nombre del poder temporal, y nos ha dicho que la historia del poder temporal nos indicaba que ya había terminado, ó que terminaría pronto, *mediante Dios*. La invocación no me parece más á propósito. Pero ¿por qué dice el Sr. Figuerola que ha terminado ó está para terminar ese poder?

Se reúnen los Obispos de la cristiandad toda: anuncia el Pontífice la opinión de que el poder temporal es necesario á la independencia del poder espiritual; están todos conformes con esto, y el Sr. Figuerola, que no es doctor de la Iglesia, quiere hacer prevalecer su parecer en cuanto á cuál es el interés del Catolicismo sobre todos los Obispos, y sobre el mismo Papa. ¿Cómo he de reconocer yo la competencia de S. S. en esta cuestión?

Es cierto que ha vivido la Iglesia 10 siglos sin poder temporal, y que por consiguiente, puede vivir sin él; yo concedo esto, porque con poder temporal ó sin él vivirá el Catolicismo, cualesquiera que sean las tempestades que contra él se desencadenen; pero permítame el Congreso que le lea á este propósito unos párrafos de la *Bula Ad perpetuam rei memoriam*, que se publicó el año 1860:

«Como quiera que para gozar de libertad en su ministerio sagrado necesitaba la Iglesia católica de una protección y de unos auxilios adecuados á la condición y á la necesidad de los tiempos, por esto cuando el Imperio romano fué dividido en muchos reinos, el Pontífice de Roma obtuvo un Principado civil. Dios, en su profunda sabiduría, permitió este acontecimiento para que, en medio de la multitud de Principes temporales diversos, el Soberano Pontífice gozase la libertad política necesaria para ejercer sin trabas su poder espiritual.»

Me aquí, pues, lo que yo creo como católico respecto del poder temporal, y mi razón me confirmaría en esta creencia, aunque para mí no fuera obligatoria. La condición de los tiempos hoy hace que subsista la necesidad del poder temporal, porque sin él no puede tener la Santa Sede la independencia necesaria; y bien ha visto el Congreso que el Sr. Figuerola no ha tratado de demostrar que pudiera suceder lo contrario. Tal vez mañana no subsista esa necesidad; pero lo que nosotros sostenemos es que existe hoy, y que por lo tanto, es menester que el poder temporal se mantenga.

Y ya que de esta cuestión de Italia me he ocupado, contestaré á una de las preguntas que se han hecho á la comisión sobre los Estados Pontificios que se han separado del dominio temporal del Padre Santo. Yo no creo que una provincia tenga el derecho de acordar, aunque sea unánimemente, su separación del Estado á que corresponde. ¿No ha visto el Sr. Figuerola esta misma opinión sustentada por los severos republicanos de los Estados Unidos del Norte? ¿Habrá español que consintiera que una provincia de España se separase del resto de la nación, porque tal fuera la voluntad de sus habitantes? De seguro que no. Yo aplaudo, sin embargo, la prudente reserva del Gobierno en este punto; pero puedo decir mi opinión personal, porque no tengo la responsabilidad del Gobierno.

Concluyo, señores; el Sr. Figuerola se desentendía en su discurso del estado en que la actitud de ciertos partidos coloca la política interior del país, y de que esta actitud tiene por provocar otra dada en el Gobierno. La comisión, por su parte, entiende que no puede anunciar otra cosa que lo que anuncia en el proyecto del mensaje, y yo por mi cuenta añado que mientras estas circunstancias existan, no escatimaré nada para el sostenimiento del Gobierno de mi país y de mi Reina.

El Sr. FIGUEROLA: El Sr. Casanueva no ha contestado á mi discurso sino en una de sus partes: la relativa al poder temporal del Papa.

S. S. ha discutido también un manifiesto mío que yo no tengo que defender, pero que mantengo en todas sus partes, porque creo que la revolución no es programa de ningún Gobierno, sino un hecho providencial que sucede cuando quiere Dios que suceda.

En cuanto á lo de tolerancia política en materias religiosas, yo mantengo lo que he dicho, porque creo que no deben ser tan malas estas ideas, cuando son las de texto en nuestros mismos seminarios conciliares.

El Sr. CASANUEVA: Yo no he puesto en duda los sentimientos católicos del Sr. Figuerola: lo que he dicho es que estábamos en distinto terreno, y que á consecuencia de esto teníamos distintos puntos de vista.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusión. Juró y tomó asiento el señor conde de Torrenovaes, que ingresó en la tercera sección.

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día para mañana: peticiones y demás asuntos pendientes. Se levanta la sesión. Eran las seis.

## PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Matías, Apóstol y San Modesto.—Es día de Misa.

SANTOS DE MAÑANA. San Cesáreo, confesor.—Dominica II de Cuaresma.

### CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de Nuestra Señora de Atocha, donde por la mañana habrá Misa mayor, y por la tarde ejercicios con sermones y *Miserere* al Santísimo Cristo de la Indulgencia.

En las parroquias, San Isidro, Capilla Real, Cármen Calzado y San Antonio de los Portugueses habrá Misa mayor y sermones sobre el Evangelio del día.

Por la tarde á las cuatro habrá ejercicios espirituales y sermones, que predicarán: en el oratorio del Olivar, D. Sebas Trapiella; en Santa Isabel, D. Isidro de la Fuente; en San Pedro, D. Basilio Sanchez Grande; en el Caballero de Gracia, D. Diego Villanoso; en San Millán, otro señor orador; en San Antonio del Prado, D. Norberto Lopez, y en San Ginés, D. Juan Guerra.

La V. O. T. de siervos de María tiene la primera semana de Misiones en la iglesia de monjas de San Plácido: todas las tardes á las cinco se rezará la Corona Dolorosa, y después dará una plática doctrinal don Eladio Arraiz de Nebreda, Sacerdote de San Vicente de Paul, y los sermones los dará alternativamente D. Patricio Páramo y D. Luis Peraltá.

Terminan las Misiones en San Isidro y en las Escuelas Pías de San Fernando, y comienza otra semana de Misiones al anochecer en las parroquias de San Luis y de San Martín; en la primera predicará D. Luis Peraltá y D. Raimundo Carrillo, y en la segunda don Ambrosio de los Infantes y D. Gregorio Montes.

Por la noche habrá sermones que predicarán: en San Andrés, D. Luis Crespo; en las Recoletas, D. Justo Quintanilla, en San Juan de Dios, el Sr. Sanchez Grande; en Monserrat el Sr. Rector; en la bóveda de San Ginés, D. José Lozada, y en San Ignacio D. Ciriacoz Cruz.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA.—Nuestra Señora

de la Encarnación en su iglesia, la de la Gracia en su iglesia ó en la de San Ignacio.

Se reza de la presente Dominica de segunda clase, con rito semidoble y color morado.

### SANTO DEL LUNES.

San Alejandro, mártir.

### CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la capilla del Príncipe Pio (plaza de los Aligidos), donde por la mañana habrá Misa mayor, y por la tarde ejercicios, *Miserere* y sermón, que predicará D. Basilio Sanchez Grande.

En la capilla del Santísimo Cristo de la Salud se practicará por la mañana de diez á doce, y por la noche de siete á nueve el culto semanal á su divino titular Jesús Crucificado.

En la iglesia de monjas Carboneras (plazuela de Miranda), habrá por la tarde, á las cuatro, ejercicios con manifiesto, *Miserere* y sermón, que predicará D. Basilio Sanchez Grande.

Es el segundo día de Misiones en las Servitas y en las monjas de San Plácido. También continúan las Misiones en las parroquias de San Luis y San Martín. Por la noche habrá sermón en Monserrat, Italianos y bóveda de San Ginés.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA.—Nuestra Señora del Buen Parto en San Luis, ó la del mismo título en San Sebastian.

Se reza de San Anastasio, mártir, con rito semidoble y color encarnado, haciéndose conmemoración de la Feria.

## PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

### PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia, continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

Han sido admitidas las dimisiones que los gobernadores civiles de las provincias de Guipúzcoa D. José Gonzalez del Gueto, y de Almería D. Diego Vazquez habian presentado de sus respectivos cargos, fundándose en su elección para diputados á Cortes.

Asimismo ha sido declarado cesante D. José Cabazas de Herrera, gobernador de la provincia de Canarias, cuyo cargo pasará á desempeñar por Real decreto de 10 de Febrero D. Manuel Martos Rubio, secretario que ha sido del Gobierno de Santander.

También han obtenido nombramiento de gobernadores civiles de la provincia de Almería y de la de Santander, respectivamente, D. José Gomez Diaz, jefe de Hacienda pública, y D. Escolástico de la Parra, diputado á Cortes y alcalde corregidor de la ciudad de Zaragoza.

## FONDOS PUBLICOS.

CAMBIO AL CONTAJO.		
	Publicada.	No publicada.
Títulos del 3 p. 3 consolidado. . . . .	38-45	"
Inscripciones en el Gran Libro al 3 p. 3 1/2. . . . .	"	"
Títulos del 3 p. 3 1/2 diario	35-45	"
Inscripciones en el Gran Libro. . . . .	"	"
Material del Tesoro preterito con interes. . . . .	"	"
Idem no preterito, con interes. . . . .	"	"
Idem sin interes. . . . .	"	"
Participes legos convertibles á 3 p. 3. . . . .	"	"
Idem del 4 y 5 por 100. . . . .	"	"
Deuda amortizable de primera clase. . . . .	"	51-30
Idem amortizable de segunda idem. . . . .	"	18-75
Deuda del personal. . . . .	"	19-60
Billetes hipotecarios del Banco de España, de 4 2000 rs. con 6 por 100 de interes anual. . . . .	89-00	"